



**CONFESIONES
A ALÁ**

SAPHIA AZZEDDINE

Lectulandia

Jbara vive en las montañas de un país del Magreb, entre sus padres, sus cinco hermanos y su rebaño. La pequeña y pobre pastora, reducida al rango de criada por un padre ignorante y brutal, se prostituye a veces por algunas golosinas. Es bella, pero no lo sabe. En un pueblo donde las mujeres, literalmente, no son nada, ella todavía no sabe que su belleza es un poder. Hasta que un día una maleta caída de un coche de turistas americanos le revela otro mundo. Empieza trabajando de mujer de la limpieza para decantarse, poco a poco, por el mundo de la prostitución de lujo, la cárcel, los narcotraficantes.

Un testimonio implacable sobre la opresión de las mujeres. Un grito de rebelión. Pero también, más allá de la desesperación y la miseria, la oración conmovedora de una mujer que se mantiene en pie frente a Dios y a los hombres, con un confidente un tanto especial, el mismísimo Alá.

Lectulandia

Saphia Azzeddine

Confesiones a Alá

ePub r1.0

leandro 06.11.13

Título original: *Confidences à Allah*
Saphia Azzeddine, 2008
Traducción: Purificación Meseguer
Diseño de portada: leandro

Editor digital: leandro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mi padre, iconocasta y visionario

Tafafilt es la muerte y, sin embargo, aquí me tocó nacer. Me llamo Jbara. Al parecer, soy muy guapa pero lo desconozco. Me importa un comino ser guapa o no. Soy pobre y vivo en el culo del mundo. Con mi padre, mi madre, mis cuatro hermanos y mis tres hermanas.

Los pobres follamos como animales simplemente porque es gratis.

El caso es que nadie me dijo entonces que era guapa. En mi casa, no decimos ese tipo de cosas. La belleza no cuenta en Tafafilt; no aporta nada. Es más, aquí no sabemos distinguir lo bello de lo que no lo es. Mi padre sería incapaz de decirnos si soy guapa, tampoco mi madre. Más bien dirían algo como: «¡Jbara es una niña muy trabajadora!». La belleza es una noción de ricos. Así que, de momento, digamos que soy trabajadora. En mi pueblucho reina la ignorancia. De hecho, no he recibido educación alguna, pero sí gritos, golpes y prohibiciones. Sí, sobre todo prohibiciones. En mi casa, todo es *haram*^[1]. Incluso yo soy *haram*, pero eso también lo desconozco.

Mientras me penetra, no pienso en otra cosa que en mi Raïbi Jamila, un delicioso yogur de granadina que bebo a través de un pequeño agujero que hago en la base. Sospecho que lo que hago es *haram*. Para empezar, lo hacemos a escondidas. Puesto que no hay nada en Tafafilt, me consuelo pensando que Alá no lo ve... con un poco de suerte... Él no está aquí aunque esté en todos lados. ¿Cómo reprochar a Dios que aparte la mirada de este muladar? Yo haría lo mismo si estuviese en su lugar.

Apesta, pero como yo también apesto, el efecto acaba anulándose: los dos olemos bien. Me fijo en los yogures, el paquete de galletas de chocolate y los chicles que hay en la bolsa de plástico. Él gime como un cerdo. Menuda pinta de idiota. Menos mal que me toma por detrás, así no puedo verlo. Un día giré la cabeza; ponía unas caras para partirse. A mí me entró la risa floja, pero él ni se inmutó... Siguió follándome como un camello con las pelotas empapadas en sudor.

En cuanto termina, algo que se asemeja a la leche agria se me desliza por los muslos. Al secarse, se me pega al vello. Es asqueroso. Tengo 16 años y no sé que se llama esperma. Solo cuento con mis referencias. Y los pobres sabemos perfectamente el aspecto que tiene la leche agria. Qué más da, he conseguido mi Raïbi Jamila. Para mí es el mayor de los placeres. Es rosa, dulce y me hace sonreír al instante. Él se llama Miloud; es marrón, amargo y me da arcadas. Un día, mientras se la chupaba, le olí sin querer el pliegue de los huevos y por poco vomito. Creo que habría preferido comer caca. Después, como siempre, una vez se coloca esos calzoncillos adornados con una mancha marrón y sus pantalones agujereados por todas partes, se marcha hacia ninguna parte. Yo me subo las bragas: un trozo de algodón completamente

deformado con una pequeña costra blanquecina a la altura del sexo.

Dejen de hacer «¡puajh!». No puedo sacar poesía de donde no la hay. Ya les he dicho que soy pobre. La miseria huele a culo. Y el culo de Miloud no ha conocido nunca el agua. Se limpia con piedras y se seca con arena. Es pastor y vive en un pueblucho que queda a unos cincuenta kilómetros de mi casa. Pasa por aquí de vez en cuando para hacer negocios con tipos como él. Y también para divertirse conmigo.

Un día, mi madre, la pobre, me dijo que lo más *haram* en esta vida era dejar de ser virgen. Su padre se lo dijo. Su marido se lo confirmó. Yo habría dado cualquier cosa por no decepcionarla, pero el Raïbi Jamila siempre estuvo por encima de todo. Creo que incluso por encima de Alá. No es que compare a Alá con un Raïbi, no tendría sentido alguno. Solo digo que el Raïbi me deja un sabor dulce en la boca mientras que Alá, hasta ahora, no me ha dejado nada de nada...

Y es que siempre hay que temerlo. Mi padre solo evoca su nombre para decirme que, si sigo haciendo tonterías, Él me va a castigar. Un día se me ocurrió mencionar que hacía demasiado calor, que era un día agotador. Pues bien, me soltó una bofetada. Según el muy imbécil, como es Alá quien decide el tiempo, acababa de blasfemar. Imagino que ya se habrán hecho una idea de cómo es mi padre. Es un ignorante y lo ignora. Un verdadero cáncer por sí solo. No sabe hacer otra cosa que gritar. Gritar a las chicas, a ser posible. Pobre hombre, mi padre. Es un imbécil. Un pobre imbécil.

Estoy algo mosqueada con Alá por dejar que me pudra en este agujero de ratas. A la derecha, hay montañas; a la izquierda, más montañas. Y en medio estamos nosotros, nuestra jaima de piel de cabra y nuestro rebaño de ovejas. Soy yo quien se ocupa de ellas. Las quiero mucho. Son graciosas y muy bonitas. Es cierto que suelo gritarles, pero es que no sé expresarme de otro modo. No existe otro modo de expresión en mi casa. Excepto cuando mi padre no está, y que reina un silencio absoluto. Suele ir a casa del *fkih*^[2] del pueblo de al lado. Un *fkih* es —¿cómo decirlo sin ser maleducada?— es... es una especie de imán. Qué va. No, nada que ver. No estaría siendo justa con los imanes de verdad. No, un *fkih* es a menudo el más idiota del pueblo, aquel que no da un palo al agua y que, con tal de no trabajar, decide convertirse en imán. Bueno, así es como se hace llamar. Un verdadero imán suele ser un buen hombre que no hace mal a nadie. Ser el representante de Alá en la tierra no es moco de pavo, hay que estar a la altura. En cambio, muchos *fkihs* son unos incultos que no saben leer ni escribir. Y casi siempre les huelen los pies. Son unos parásitos que comen gratis; unos caraduras que viven a costa de pobres e ignorantes. Unos auténticos gilipollas a los que todos los pobres respetan y temen. Mi padre el primero.

El muy hijo de puta del *fkih* le ha dicho que lo más *haram* de lo *haram* es perder la virginidad. ¡Vaya, hombre! En el fondo, no acabo de entender qué más da que te la hayan metido o no. Lo que ocurre, por lo visto, es que el mundo entero gira alrededor de ese agujero. La obsesión del macho desde hace miles de años... ¡Si ese agujero ni

siquiera es suyo, coño!

En cualquier caso, un día Miloud me dijo que no me la metía entera y que una deja de ser totalmente virgen cuando ha perdido el pelo de ahí abajo. Así que todos los días, me examinaba con atención. Y el matojo seguía en su sitio. No recuerdo muy bien si me tragué el cuento o simplemente me vino bien creer lo que decía Miloud. Lo digo de verdad. Por otra parte, nadie me explicó nunca cómo son las cosas; todo lo que sabía era que cualquier cosa que girara alrededor del triángulo de las Bermudas era *haram*. En mi familia, no se habla del tema, es tabú. Preferimos no decir nada. Es más fácil prohibir. En realidad, creo que el simple hecho de hablar es tabú para los míos. Si no se habla, nada cambia. Y si nada cambia, mejor para los miedosos.

Qué suerte conseguir galletas de chocolate y yogures por tan poca cosa. Mis hermanos y hermanas no conocen el sabor del Raïbi Jamila. No podía darles a probar, pónganse en mi lugar. Si lo hubiese hecho, me habrían preguntado de dónde los sacaba. Habría tenido que confesar que los conseguía follando con Miloud. Y entonces se habría armado una buena, ¿no? Mientras que a mí no me suponía gran cosa follar con Miloud. Lo hacía y punto. Con perdón, supongo.

Se aleja sin volver la vista atrás, como de costumbre, y yo bebo mi Raïbi Jamila a sorbos atragantados sin dedicarle una sola mirada. Miloud tiene los dientes marrones, torcidos, con restos de lentejas en los huecos traseros; las manos ásperas, unas uñas bajo las que asoma una mugre incrustada de por vida, y un turbante azul alrededor de la cabeza. Hoy puedo decir que era más feo que un dolor pero, por aquel entonces, ni siquiera se me pasó por la cabeza hacerme semejante pregunta. «Él es», hasta ahí llegaba. Hoy preferiría revolcarme en un charco de pus antes de volver a lamer los huevos de Miloud. Y eso que, en aquella época, lo hacía por un yogur de granadina. «Raïbi Jamila la la la la... ¡*Il yogor qui adoran los piquinios!*!». Más tarde vi el anuncio en la tele y me dije que tenía mucha suerte de comer algo que aparecía en televisión. Tuve la sensación de existir, de tener algo en común con el resto de la gente. Fue una sensación extraña.

De momento, no soy más que una pastora de Tafafilt. No conozco nada más que esto. Mis ovejas son lo único que tengo. Bueno, no, mi madre también. Quiero a mi madre. Aunque no estoy segura de quererla como los demás quieren, con sentimientos y todo eso. Yo quiero a mi madre porque me da pena. Siempre baja la mirada y farfulla para sí misma como una loca. Unas veces, recita el único verso del Corán que conoce y, otras veces, habla con sus zanahorias. Mi madre pone cebolla en todos sus platos para poder llorar en paz. Está completamente encorvada porque vivimos en una jaima. Pero lo que más me asombra de ella es que soporte a mi padre. Mi padre es un cabronazo. Hay muchas cosas que ignoro, pero eso lo he sabido siempre. Detesto todo en él. Por más que intente compadecerme de él, no lo consigo. Incluso me alegré cuando otro pastor lo molió a palos por no haberle pagado una oveja. Disfruté viéndolo en el suelo, humillado, jurando por su honor que se vengaría. Cierra esa boca. ¿Quién eres tú para hablar de honor?

Sé que no soy justa. Él no tiene la culpa; es un imbécil y punto. Pero aborrecerlo es un asunto de supervivencia. De no hacerlo, ¿cuándo y cómo empiezo a existir yo? Cuando habla, la comisura de sus labios queda cubierta por una sustancia blanquecina. Me da asco, y mira que yo apesto. Lo sé. No lo puedo ver, y lo digo sinceramente. Es una pena, pero así es. Sigue al pie de la letra todo lo que cuenta el *fkih*, y eso acaba por sacarme de quicio.

Ah, esos imbéciles, ¡cuánto saben!

—Ese hombre del pueblo de Bti Kheir que murió el viernes tras la oración de la noche... Lo enterraron al día siguiente, que Dios lo tenga en su gloria. Todo el mundo vio que estaba muerto, incluso empezaba a ponerse azul. Al cabo de tres días, su viuda fue a abrir la puerta de su casa y ¿con quién se encuentra? ¡Con su marido!

¡Como lo oyes! Su marido que había vuelto. ¡Que Dios me mate si miento, Él es mi testigo! La mujer se desmayó y cuando volvió en sí, su marido empezó a contar por todo el pueblo lo que había visto bajo tierra...

Mi madre, que no apartaba la vista de su boca podrida, le rogaba con diligencia que prosiguiera. Y mi padre contestó:

—No llevaba suficiente encima, pero *Inch'Allah* mañana no me pillaré desprevenido...

Al día siguiente, se llevó una oveja consigo para poder oír el final de la historia. De esa historia de mierda. ¡Qué desperdicio! Entenderán ahora por qué lo odio tanto. Aquellas eran las únicas ocasiones en las que hablaba sin chillar y utilizaba el pretérito en sus frases. No sabía conjugarlo, solo se limitaba a repetir las cosas. Les ahorraré el final de la historia aunque, en resumen, venía a decir que Dios dijo a aquel tipo que todas las mujeres debían llevar el velo y cubrirse los tobillos y cerrar la boca y permanecer en la cocina y... Eso fue lo que aquel hombre escuchó bajo tierra. Mataron a mi oveja por eso. Y tanto mi padre como mi madre se lo tragaron.

Yo escuchaba a hurtadillas y, consumida por la rabia, me di de golpes contra el suelo. Aunque hubiese nacido aquí, aunque no conociese otro lugar, no podía soportarlo: era la única a la que esas historias le sonaban a chuminadas, la única que no temía plantearse cosas así. Y decirlo no habría servido de nada.

En mi casa, todos cenamos del mismo plato y nuestra cuchara es nuestro dedo pulgar. Solemos comer lentejas, judías verdes, patatas con trozos grasientos. Después tomamos té en el que mojamos pan duro.

Y, dos veces por semana, veo pasar el autobús. Pasa una vez los miércoles por la tarde y otra el sábado por la noche. No se me ha escapado ni una sola vez. He visto miles de siluetas viajar hacia alguna parte. Más de una vez soñé que era yo una de esas personas, que me dirigía a la gran ciudad. Y ahí se acababa el sueño porque me costaba imaginar cómo sería la gran ciudad. Solo sé que es tentadora. Para empezar, es grande. Y dado que el *fkih* siempre dice que la gran ciudad es *haram*, más interés tengo en verla...

Cuando oigo que el autobús se acerca, asomo la cabeza por la puerta de mi casa de piel de cabra. Reparo en las siluetas dormidas, otras que se mueven. Se van. No importa a dónde. O quizás regresen de alguna parte. A menudo he pensado que un día me lanzaría bajo las ruedas del autobús para hacerlo detener y ver así cómo es por dentro. No pido nada más. Simplemente ver a esas personas que van de un lado a otro. Pero luego me digo que podría morir en el intento y no solo no vería el autobús ni a sus pasajeros, sino que también adelantaría el momento en que las llamas del infierno me quemen el chichi por todo el mal que ha hecho. Sí, porque ¿no vamos a hablar del bien que ha hecho? Claro que no. ¿Y eso?

La mayoría de los coches o camiones que pasan por el camino que une Zarfhir

con Belsouss lo hacen por contrabando; también hay taxis compartidos. Si no es ni lo uno ni lo otro, son turistas.

Un día, algunos pararon frente a mi casa y vinieron a vernos. Hablaban otro idioma y avanzaban muy despacio con una bandera blanca. Eran americanos. Mi padre salió vociferando, como es lógico, pero en cuanto vio el billete, se encorvó como un zurullo fresco. ¿Quién es la puta en el fondo? ¿Yo por abrirme de piernas o él por inclinar el cuerpo? A fin de cuentas, he tenido un buen maestro...

Se tomaron unas cuantas fotos con nosotros; chocamos las manos y dijeron *choukwane*^[3] unas mil veces. Los niños jugaron con nuestros conejos y nuestras ovejas. Todo el mundo reía. Yo también. Me arrepiento de haber reído aquel día más que de haber follado por un Raïbi Jamila.

¿Por qué reí? Porque mi padre reía. ¿Y por qué reía él? Porque los turistas reían. ¿Y por qué reían los turistas? Porque les parecíamos graciosos, como animales vestidos. Bebieron agua de las pieles de cabra, se lavaron los dientes con palos de madera y se tatuaron la cara pese a que no fuese costumbre nuestra. Total, que nos dieron dinero y dejamos que se rieran de nosotros. Una de las mujeres, decía a su novio: «*Babe! Babe!*». Para nosotros *Babe* significa «puerta». De modo que le decía: «¡Puerta! ¡Puerta!». Eso sí que es gracioso. ¡Hay que ser gilipollas para llamar a tu novio «Puerta»! En fin, ya es demasiado tarde para decírselo.

Se marcharon de nuestra casa con un montón de fotos. Y yo me quedé allí con un montón de recuerdos. No demasiado malos pero tampoco buenos. Y mi padre que no deja de gritarme. Y mi madre que me reclama una y otra vez.

—¡Jbara!

Claro, hay que recoger las escudillas y fregar los platos. Como todas las noches desde hace quince años. Acudo a su llamada y la ayudo a recoger. Siento admiración por mi madre, de verdad. Ella no tiene un Raïbi Jamila que la espera antes de irse a dormir. Todo esto lo hace sin esperar recompensa. Esperad... ¿A no ser que...? No... Pero ¿quién sabe si...? No. Hablamos de mi madre y es una santa, no hace ese tipo de cosas... No, mi madre ha trabajado toda su vida, primero para su padre, después para su marido, y sanseacabó. De todos modos, nunca sale de la jaima, así que es imposible que ella también tenga un Miloud.

Una vez acabo de fregar, salgo como siempre a dar un paseo cerca de la jaima para mirar las estrellas y beber mi yogur de granadina. Y para comerme mis dos galletas de chocolate. Eso es lo que me hace seguir hacia delante. Mi recompensa. Joder, cuando pienso en la recompensa que espera a mi madre: ¡mi padre! Pobre desgraciada.

Entro en la jaima, los niños duermen, mi padre también. Mi madre está rezando. Como tiene problemas de espalda, permanece de rodillas. Me gustaría saber qué cuenta a Alá. Sinceramente, ¿acaso tiene algo por lo que dar gracias? No puede sino

pedir cosas. Pero ¿qué? No conoce nada. Bueno sí, una vez la oí pedir comer carne más a menudo. Un día le pregunté. Me dijo que rezaba para dar gracias por la salud de los suyos y que recitaba alabanzas en su honor. No se atrevió a decirme que le había pedido más carne.

Me aparto un poco y también rezo mis oraciones. No puedo evitar hablar con Alá de cosas concretas. De mi realidad.

—Gracias Alá por la salud: la de mi madre, la de mis hermanos y hermanas, gracias por... esto... por mis ovejas... en fin, gracias por todo. Quiero decirte que debes de ser muy hermoso y muy misericordioso y también muy glorioso, Alá. Pero, oye, ¿por qué me has dejado aquí? ¿Consideras que esto, Tafafilt, es vida? ¿Qué valor añadido apporto yo, aquí, como ser humano? ¡Alá, te lo suplico, haz que ocurra algo en mi vida! Gracias, Alá. Eres muy hermoso, muy misericordioso y muy glorioso. *Amine*^[4].

Luego, espero pacientemente, porque sé que Alá es sutil. No va a cambiar mi vida al primer reclamo: sería demasiado evidente que existe y ser creyente ya no tendría ningún mérito.

En cambio, Miloud no se hace de rogar. Al día siguiente, a la misma hora, lo tengo allí, con su bolsa de plástico azul y mis Raïbi Jamila dentro.

«Raïbi Jamila la la la la... *¡Il yogor qui adoran los piquinios!*».

Mi vello sigue en su sitio. Todo en orden.

No pasa nada.

La leche agria de Miloud se me ha pegado de tal manera que me cuesta separar los muslos. Menos mal que es día de baño. Cojo mi muda limpia, mi pequeño barreño amarillo, mi taburete, el jabón y una toalla más áspera que las manos de Miloud. Me limpio la entrepierna. Me siento más virgen que nunca.

Mi hermano mayor me observa desde detrás del talud. Creerá que no lo veo. No entiendo por qué se retuerce como un loco mientras se machaca la pilila. Quizás también sea idiota. Me desenredo mi larga melena con mi cepillito redondo de plástico, la enrolló en un pañuelo limpio para no coger frío esta noche; el tiempo está cambiando. Cuando regreso a la jaima, me dan náuseas. Vomito. No lo entiendo, he comido lo mismo que ayer: un cuscús grasiento con mantequilla rancia. Mi madre se acerca para decirme que me dé prisa: tengo que echarle una mano en la cocina porque el *fkih* viene a comer. ¡Ay, no! ¡Él no!

Ahí está sentado de piernas cruzadas, mientras mi padre, que bebe su veneno como si de agua de *Zamzam*^[5] se tratase, le lame el culo. Mi madre prepara el té; ya está, los dos cerdos están saciados, y ninguno de los niños ha podido probar la carne.

Mi madre sirve el té; la imagen que damos me parece patética.

Mi hermano mayor trae una oveja y se la ofrece al *fkih*. Mi cuerpo se endurece y me traiciona:

—¡No!

Todo el mundo me mira, pasmado. Tengo que hacer algo.

—Esa no, quiero decir...

En realidad, no quiero que ninguna de mis ovejas termine en casa de ese hijo de puta. Pero mi padre me fulmina con la mirada y yo desisto. Es más, añado:

—Es un poco flaca para nuestro benefactor...

Ya, lo sé... No es digno de elogio pero, de no enmendar mi error, me habría llevado una paliza. Y no me apetecía nada.

De nuevo, me vuelven los vómitos. Corro a vaciarme fuera. Dios no existe, eso creo. Nada ha cambiado en mi vida. No es un ultimátum, jamás me atrevería pero, para que lo sepas, ya no creo en ti. No es que me lo tome como algo personal, pero llega el momento en que una se harta de tanta tontería. No creo haberte pedido la luna. Solo que algo pase en mi vida; que, al menos por una vez, me vea en una encrucijada y pueda elegir.

¡Elegir! ¿Esto o aquello?

Me has ignorado, Alá. No es justo. ¿Ves? Ni siquiera soy capaz de dejar de creer en Ti. ¡Eso sí que es tener fe! Me has dicho: «No hables de la fe, deja que ella hable

por ti». Pues todo mi ser transpira fe. Todos saben que uno acaba por amar a sus verdugos. Sí, Tafafilt es una tortura y tú me has puesto aquí. Y encima tengo que dar las gracias. ¿Te parece bien? No tiene el menor sentido.

Me ha engordado el vientre. Qué raro, voy al aseo regularmente. Mi vello sigue en su sitio, así que aún soy virgen.

Son más o menos las cuatro de la tarde. Paseo a mis ovejas. El autobús de Belsouss pasa. Me enderezo. Está lleno a rebosar.

Cae una maleta.

¡Pumba!

El autobús no se detiene.

Gracias, Alá. ¡Ay, gracias!

Nunca he dejado de creer en ti, y bien lo sabes.

Dios mío, gracias Alá, ¡gracias de corazón!

Echo a correr hacia la maleta; mis ovejas me siguen, pero me doy la vuelta y las amenazo con el palo. Vuelven a formar un círculo y se quedan quietas.

Es una maleta rosa, como el Raïbi. Buen presagio. Si dan media vuelta, no la devolveré. Eso está mal, pero lo asumo.

Es rosa y lleva ruedas, y en la parte posterior figuran las palabras: «Adoro a Dior». Qué maleta tan rara. No lleva cuerdas, ni cinta adhesiva, ni tampoco sobresale ningún manojito de menta. Es una maleta de otro mundo, se nota. Nadie me mira, pero no me atrevo a abrirla. No quiero que este instante termine. Aunque, quizás muchos otros instantes aguarden dentro...

Venga, la abro. ¡Vaya! Es rosa y huele a América. En Tafafilt, decimos «*l'mirikan*» para designar todo aquello que es inaccesible, o sea, casi todo. Brilla. Hay ropa, un estuche de maquillaje con las palabras: «Mrs. Clooney». Hay brillo de labios sabor a fresa *diel l'mirikan*, brillo de labios sabor a mango *diel l'mirikan* y brillo de labios sabor a coco *diel l'mirikan*. Por primera vez, me doy cuenta de que huelo fatal. También hay unos vaqueros con brillantes en los bolsillos de atrás, tops de lentejuelas *diel l'mirikan*, zapatos de cuña *diel l'mirikan*, bolsos de noche *diel l'mirikan*... Vamos, toda la utilería de la perfecta putilla. Apesta a *haram* por todos lados. ¡Pero qué gustazo!

Tiendo ante mí los vaqueros brillantes. Me sentarán como un guante. Hurgo en los bolsillos y saco una bola de papeles. Oh, Dios mío, ¡son billetes de 200! Hay seis. Oh, Dios mío. Eso es por lo menos... por lo menos... es muchísimo dinero.

Gracias, Alá. Me arrepiento de haber dicho esas cosas. Era cuestión de paciencia. Sabía que me escucharías y que algo iba a pasar en mi vida. Pero esta maleta *diel l'mirikan* supera con creces todas mis expectativas. Te mereces tus 99 nombres. Te lo juro.

Y hay tangas. Fucsias, negros, rojos de encaje. Hay incluso un tanga con perlas.

Ahora me las doy de entendida pero he de admitir que, en aquel momento, no entendí gran cosa. Esto me supera; sonrío a mi pesar. Miro a la izquierda. Miro a la derecha. Me quito las bragas. Me pongo el tanga de perlas. Qué sensación más rara. Pues sí que encaja bien ahí dentro. Lo ideal para llevar este tipo de cosas es ir totalmente depilada. Pero me da igual, tengo *l'mirikan* en el culo. Es una sensación muy extraña. Diría que algo dolorosa. Los pelos se enredan en las perlas.

—¡Jbara! ¡Jbara!

¡Mierda, mi padre!

—¡Pequeña inútil, ven a ayudar a tu madre, tengo hambre! ¡Vamos!

Ojalá que no vea mi maleta. Me digo a mí misma que más me vale correr hacia él.

¡Oh, Dios mío! ¡Cómo duele esto, coño!

¡Qué daño!

El tanga se convierte en un verdadero instrumento de tortura. Conforme corro, intento ahogar gritos de dolor. Al pasar, mi padre me da un empujón. Echo a correr más rápido aún.

—Lo siento, papá. Ya voy, perdóname.

Pelo los nabos pero no dejo de pensar en mi maleta. Es increíble lo que acaba de pasarme.

—¿Has rezado tus oraciones, hija mía?

—Sí, mamá, pero aún me falta la del *asr*^[6].

—Pues es *haram* no hacerlas a su hora, Jbara.

Sé perfectamente que Tú no has podido decir semejante estupidez, Alá. ¿Qué te va importar a Ti que se rece una oración a una hora en concreto? Si estamos en plena faena, trabajando duro, ¿tenemos que hacer una pausa para alabarte? No has pedido nada semejante, de eso estoy segura. Solo has pedido algo, ¡que todos movamos el culo! Eso sí, no me cuesta nada creerlo.

Mi madre me hace un gesto para que vaya a rezar. ¿Con este tanga puesto? Creo que está fuera de lugar. Pero no tengo otra elección.

Voy a buscar mi pequeño tapete y me instalo al fondo. Me quejo de dolores de espalda para no tener que postrarme. Me parece que tengo el culo en carne viva. Rezo mis oraciones recitando un verso, pero no puedo pensar en otra cosa que en mi maleta y en todo lo que encierra en su interior.

Mierda, me he manchado los pies. No dejo de vomitar. ¿Qué coño me pasa?

Me pasa que estoy embarazada. La barriga me ha engordado de golpe. Vale, quería que ocurriese algo en mi vida, pero no esto. Esto supone la muerte, mi muerte. Si no estás casada, te repudian.

Estoy tendida en el suelo. Recibo golpes en la espalda, en las pantorrillas. Por instinto, me protejo el vientre pese a que por su culpa esté condenada a muerte.

—¡Nos has deshonrado, pedazo de zorra! ¡No puedes quedarte aquí! ¡Vete ahora mismo de esta casa! ¡Putas, hija del demonio, pecadora!

Alá, no te he pedido tanto.

Me alejo arrastrando mi maleta rosa de ruedas. No entiendo muy bien lo que está sucediendo. Estoy acojonada. Tengo la sensación de que tendré que tomar un montón de decisiones. A veces es mejor que no suceda nada nuevo. Apuesto a que me recriminan por no saber qué quiero. Pero la verdad es que no tengo ni idea. Yo solo quería saber qué aspecto tenía cualquier otro lugar. Y creo que me voy a hartar.

El autobús se acerca desde detrás. Le doy el alto. Aminora la marcha. Ni siquiera tengo que lanzarme bajo las ruedas. Qué felicidad. Bueno, no exactamente. Pago mi billete y voy a sentarme más o menos a la mitad, junto a una anciana que me deja el asiento de la ventanilla. Se aclara la garganta cada tres segundos. Me saca de quicio. El autobús arranca.

—¡Brrrrruuuuuuum!

Ella traga saliva.

Yo me echo a llorar.

Aquí estoy, en este puto autobús, y ni siquiera soy capaz de echar un vistazo a mi alrededor. Todos los pasajeros se parecen a mí. Apestan a miseria como yo.

¿Cómo ha podido una maleta *díel l'mirikan* caer de un autobús tan piojoso? Es bastante extraño. Del todo. No, ni siquiera es extraño; es imposible. Y, sin embargo, así fue. Ha tenido que ser Alá.

Tanto da, llevo un bebé en mi vientre; ya no tengo familia, ni techo bajo el que dormir y, por lo visto, encabezo el *top five* de lo *haram*. Estoy segura de que he dejado de ser virgen. Y eso que mi vello sigue en su sitio.

El autobús hace una parada en Tendaba. El conductor se apea para tomar un café. Yo prefiero quedarme sentada; no pienso moverme. Un hombre se me acerca.

—¿Es tuya la maleta rosa?

—Sí.

—¿Y cómo es posible?

—¿Cómo es posible qué?

—¿Cómo es posible que tengas una maleta como esa?

—Eso no es asunto tuyo.

Debo mostrar que no tengo miedo.

—Hace seis meses, una pareja de americanos se montó en este mismo autobús porque su todoterreno les había dejado tirados. Un pinchazo. Eran ricos, y la chica no dejaba de protestar. Creía que no la entendíamos, así que no escatimó en insultos. Pero yo chapurreo *l'mirikan* y no me gustó nada lo que dijo. De modo que tiré su maleta.

—¿La tiraste? ¿Pero cómo?

—Yo viajo en el techo; me ocupo del equipaje. Jamás imaginé que volvería a ver esta maleta. ¿Qué te propones? ¿Adónde vas?

—No lo sé... Ya se me ocurrirá algo... ¿Qué quieres?

—¿Yo? No quiero nada. Solo quería charlar un poco, eso es todo. Bueno, adiós.

—¿Y cómo es que hablas *l'mirikan*?

—Viví en Francia. Pero regresé. He estudiado algo de idiomas...

—¿Por qué has vuelto?

—Para trabajar de chacha, prefiero hacerlo en mi país.

Me gusta la observación. Pero nunca he hablado con un desconocido. Así que prefiero contestar:

—Adiós.

Y él me responde:

—Adiós.

Le pregunto:

—¿Y ese es tu oficio?

—Pues sí...

—Bueno, adiós.

—Adiós... Esto, me llamo Khalid.

—De acuerdo. Adiós.

—Adiós.

Dios mío, es la primera vez que hablo con un hombre. ¡Qué estúpida! He estado muy agresiva. He dicho «adiós» una veintena de veces, como si fuese gilipollas. Y también he sido desagradable. Sin motivo alguno, además; él ha sido amable. Pero cuando no conoces a nadie, es preferible ponerte a ladrar como un perro. Así te aseguras de no llegar a conocerlo. Es más tranquilizador. Tal vez deba darle las gracias. Qué va, pensará que quiero algo. Bueno, ya veré cuando llegue el momento de apearme.

Al cabo de tres horas, llego a la estación de autobuses de Belsouss. Está atestada de gente; jamás he visto tanta. Hay coches, motocicletas, taxis, camiones, mendigos, chavales, mugre y yo. No me atrevo a bajar del autobús; espero a que se vacíe. Me

apeo. Encuentro mi maleta junto al vehículo. Khalid ya ha debido de marcharse; no lo veo por ningún lado. De todos modos, seguro que habría hecho el ridículo otra vez...

Elijo una dirección al azar, pero no consigo dar un paso sin que alguien esté a punto de llevarme por delante. No estoy acostumbrada a esto. Tengo hambre.

Hay pollos asándose tras una vitrina. Qué bien huele. Entro en el restaurante. No sé de dónde saco el valor, pero tampoco me lo planteo. Sé perfectamente que voy vestida como una pordiosera, y que para ellos no soy más que una cateta.

Todo el mundo se vuelve para observarme. Bajo la mirada. No hay más que hombres. Y una sola mujer con velo, acompañada por su familia. Por fuerza, yo solita llamo la atención. Tomo asiento en un taburete grasiento, apoyo los codos sobre una mesa grasienta y pido un tajín grasiento.

—¡Aquí hay que pagar por adelantado!

Saco un billete de 20 y con eso callo la boca al gilipollas del camarero. Incluso me pido una Pipsi^[7].

No me puedo creer que esté comiendo y bebiendo este tipo de cosas sentada en una silla alta, con gente que camina a mi alrededor y coches que hacen sonar el claxon. Todo tiene un precio. ¿Qué haré cuando dé el último bocado? Primero a comer, me digo a mí misma.

El camarero limpia la mesa que queda justo a mi lado. Su trapo gris huele fatal.

—¿Qué hace aquí una chica como tú?

Ignoro ese «como tú». «Como tú» viene a decir piojosa, miserable. Y tiene razón el muy cabrón. Es lo que soy en este momento. Me siento sola como la muerte y, sin embargo, todo el mundo me atraviesa con la mirada. Duele muchísimo no ser nunca alguien y ser siempre el otro.

—¿Buscáis a alguien para la limpieza?

—Depende...

Como estoy embarazada, sólo puedo mamársela. No apesta tanto como Miloud, pero tampoco huele a rosas. Procuero respirar lo menos posible. Eyacula. La leche agria chorrea sobre mi pecho. Se sube la cremallera del pantalón y se marcha. Tengo una pequeña habitación en la tercera planta y todas las mañanas a las seis me encargo de limpiar el Café Zitouni.

Vomito. Transpiro. Tengo contracciones. Son las tres de la madrugada. Avanzo a trompicones por las calles desiertas de Belsouss. Unos perros salvajes se acercan amenazantes, pero no tardan en comprender que esta noche no estoy para gilipollecés. Llego al solar que elegí hace un tiempo. Está desierto, como había previsto. Me coloco en el suelo, apoyo la espalda contra la acera y empujo. Empujo. Empujo. Me cago en la puta, cómo duele. Señores, imagínense una gran cagarruta que, en lugar de salir a lo largo, sale a lo ancho. Multipliquen el dolor por el infinito. Y sazonen con pimienta. Pues así es cómo me siento. Incluso los perros se callan para

que pueda abandonar a mi hijo en paz. No me atrevo a decir «matar». Prefiero creer que alguien pasará una vez me haya marchado de aquí. Prefiero pensar eso.

Estos perros, al menos, respetan la muerte.

He cuidado hasta el menor detalle. Llevo unas tijeras y un pañuelo. Lo corto. Él o ella llora. Yo me limpio. No miro. Él o ella llora menos. Me tapo los oídos. Sigo mi camino. Él o ella ya no llora.

Grito.

Los días transcurren sin más; es la rutina de una «casi madre» que ha abandonado a su hijo e intenta olvidar. No lo consigue y por eso llora.

Muy mediocre. Previsible a más no poder. Pasemos a otra cosa.

Durante el día tengo mucho tiempo libre. A veces paso delante de los quioscos de periódicos y, cuando el vendedor no me echa a gritos, miro la prensa por encima. Y es que, claro, yo nunca compro periódicos. Un día reparé en la foto de una rubia que se encontraba en el aeropuerto de una gran ciudad, y casi me desmayo: tenía la misma maleta que yo. Ella también adoraba a Dior. En otro periódico, vi una rubia que siempre mostraba su tanga por encima de la falda. La chica americana que perdió su maleta debía de parecerse a ella.

Cuando estoy en mi habitación, suelo escuchar la radio. Tengo una radio. He descubierto el programa de Mouhfida Ben Abess, «Estética por un dinar» destinado a mujeres que están tan tiesas como yo:

«Quiridas oyintis, soy Mouhfida Ben Abess. Biinvinidas a la imisión “Istítica por on dimar” dondi criimos qui la billiza no is ixclusiva di mojriris acomodadas o istrillas di Hollywood. Podimos istar goapas con moy poco. La natoraliza is noistra mayor aliada di modo qui, ista nochi, voy a daros ona ricita para conseguir ona milina sidosa y saladabli como la di Jinnifir Aniston. Si trata di ona mascarilla a basi di ajo, aciiti di oliva y yogor. Y para conseguir on tono como il di Iva Longoria, podíis otulizar ona mizcla di agua oxiginada y on sobricito di niscافی»^[8].

Este programa está pensado para mí. Soy pobre, pero eso no significa que no me mire al espejo. Siento que me están creciendo alas en la espalda; debe de ser el aire de la gran ciudad. Voy a teñirme el pelo. Yo sola. Corro a comprar nescafé y agua oxigenada a la tienda de ultramarinos y, a la hora de pagar, me siento intrigada por un tubo de crema milagrosa. En la foto aparece una negra con el pelo erizado y feo y, junto a esta, otra foto de la misma negra pero con el pelo liso y bonito. La compro.

No puedo creer que ahora pueda comprar cosas. ¡Estoy comprando, joder!

Gracias, Alá.

Subo los escalones a toda prisa. Coloco mi espejito oxidado encima del lavabo y me embarduno el cabello con la crema de la negra. Hecho esto, añado mi mezcla de agua oxigenada y nescafé.

Leo: «dejar actuar durante veinte minutos».

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20...

Me he quemado todo el pelo. Me lo corto. Me cago en Mouhfida. Y me cago en la negra.

La grasa de pollo no me asusta, froto con todas mis fuerzas y me empleo a fondo. No es fácil porque los trapos son más grasientos que la propia comida pero, qué le voy a hacer, es mi trabajo.

Una mañana, el propietario vino temprano para llevarse la caja de la víspera. Yo llevaba brillo de labios y el pelo suelto, sin pañuelo. Se le notó algo sorprendido; me saludó. Y, por primera vez, lo hizo mirándome a los ojos. El señor Bouab parece un bolo. Sus dedos son como pequeñas *merquez*^[9]; uno de ellos queda tan ceñido por el anillo que luce que se diría que le han hecho un torniquete. Tiene un largo mechón de pelo que peina hacia la derecha para camuflar su calvicie. Me parto de risa cuando le sorprende un golpe de viento. El señor Bouab es rico. La hebilla de su cinturón es de oro. Bueno, dorada, al menos.

Su saludo me hacía sentir viva. Y yo le mostré mi gratitud lo mejor que supe.

En el fondo no me puedo quejar. Vendo mi sexo a cambio de una habitación y un modesto sueldo. ¿Qué tiene de malo?

Esta noche, elijo un tanga fucsia, una camiseta negra y una minifalda vaquera. Es casi la hora. Saco mi *lizar*^[10] y me cubro entera. Para evitar las miradas de la gente, solo me destapo un ojo. Camino libremente, sin levantar las sospechas de nadie. ¿Quién se atrevería a pensar que bajo mi pañuelo voy vestida como una furcia? Esta prenda es mi mejor garantía. Solo mis zapatos podrían traicionarme. Pero nadie se atreve a mirar a una mujer que lleva velo. A las mujeres con velo las dejan en paz.

Deambulo por las callejuelas del zoco, cruzo las oscuras alamedas y, como un fantasma, entro en una casa cuya puerta ha quedado misteriosamente entreabierta. El gordo está tendido sobre una banqueta de tapicería floral. Dejo que el pañuelo se deslice sobre mis piernas sin depilar. El gordo ya esta gimiendo. Y aún no he hecho nada.

Ha sido muy rápido; no merece la pena entrar en detalles.

Me vuelvo a colocar el pañuelo, cojo mi dinero y me voy como vine, escondida bajo el velo. Es todo un espacio de libertad. Bajo él, hago lo que quiero. Yo ya he elegido.

Enciendo la radio:

«Quiridas oyintis, biinvinidas a la imisión “Istítica por on dimar”. Soy Mouhfida Ben Abess. Hoy sabrimos cómo locir unas manos tan bonitas como las di Angilina Jolii. Cogimos on aguacati y aciiti di irguín, mizclamos y nos imbadornamos las manos, insistiindo in il contorno di las oñas dondi nos ocoparimos di las cutícolas»^[11].

No tengo grandes gastos y me considero bastante ahorradora. El caso es que hay

ciertas tiendas en las que no me atrevo a entrar. Pero me he hecho con un buen vestuario y prácticamente todos los días como las sobras. El alquiler de la habitación me sale a unas diez felaciones al mes. Envuelvo mi modesto peculio en unas medias que escondo entre las bragas. He ahorrado casi 1.000 dinares.

Gracias, Alá.

Un día, mientras me dejo la piel frotando los cagaderos, Abdelkrim, el camarero, se me acerca por detrás y dice:

—¿Te gustaría ir a trabajar a Masmara?

Me vuelvo hacia él. Ni siquiera lleva el pantalón bajado.

—¿Cómo dices?

—Mi hermano trabaja allí, en casa de alguien, y necesitan una chacha.

Me enderezo. Esto no ha acabado. ¿Cómo he podido culparte tanto, Alá? Perdóname. Perdóname.

—¡Claro que sí! Soy muy trabajadora, ¿sabes? Haré lo que haga falta.

—Lo único que tienes que hacer es presentarte mañana en Masmara.

No puedo creer lo que veo. Quiero decir, lo que oigo. Ni una cosa ni la otra. ¡Masmara! ¿Yo? ¿Jbara Aït Goumbra? He dejado de ser nadie para convertirme en una chica normal y corriente. Con mugre y todo pero, qué más me da.

Espero a que se baje la cremallera de los vaqueros, pero se aleja diciéndome que va a apuntármelo todo en una hoja de papel. Incluso añade:

—Buena suerte.

No entiendo a los hombres. De verdad que no... Se la habría chupado con mucho gusto. Aquel día tenía sentido hacerlo.

Como era de esperar, no he pegado ojo en toda la noche. He doblado mi ropa una veintena de veces. Me he recogido el pelo, ya he hecho las paces con él. Ahora está rizado. Me unto algo de aceite por encima para darle brillo. Si hasta me pinto las uñas; me he salido un poco, pero no pasa nada. Me pongo tacones. Mis pies se transforman con los tacones altos; se estilizan. Estoy lista.

Llego a la estación de autobuses de Belsouss. El autobús que parte hacia Masmara es azul. Compro mi billete y voy a sentarme al fondo. Estoy emocionada como una niña durante todo el trayecto. Me parece que, en esta ocasión, soy la más distinguida de todos los pasajeros.

Gracias, Alá.

Aunque también he de pedirte perdón. Sospecho que ciertas cosas que hago no te gustan, que las desapruebas. Es normal. Pero tengo algo que decirte. Si hubiese nacido en una familia de bien, crecido en una buena ciudad, recibido una buena educación, habría sido una niña de bien. Sí o sí, Alá. Me habría casado con un hombre de bien y habría tenido niños de bien. Pero no ha sido así en absoluto; debes reconocer que he tenido que aguantar carros y carretas. ¿Cómo podrás juzgarme entonces? Espero que tengas en cuenta que empecé con muy mal pie...

Viajamos durante toda la noche. No he dormido nada. Demasiada emoción. Llegamos. Uf, mi maleta sigue ahí. No se ha caído. Es lógico, yo no insulto a la gente. Me encamino hacia un pequeño taxi naranja y digo:

—Al barrio suizo, por favor. Al nº. 104. Villa Samarcanda.

Quién me lo habría dicho un año antes...

¿Habrán enterrado a mi bebé? ¿Lo habrán encontrado a tiempo? ¿Se lo habrán comido los perros?

¿Por qué tengo que pensar en esas cosas? Me concentro en olvidar...

¿Qué iba diciendo? Ah, sí. De haber sabido que me ibas a hacer tanto caso, Alá, también te habría pedido tener el pelo liso. O un pasaporte francés. No, mejor el pelo liso. Ahora que lo pienso, seguro que en Francia podría comprarme un pelo liso. Seguro que allí se puede comprar ese tipo de cosas.

Intuyo que nos acercamos a la zona de los ricos. Las villas no son de cemento, sino de colores. Tienen formas singulares; no son los típicos cubos grises. Las villas de los ricos alardean de esplendor. Y de discreción: quedan ocultas detrás de buganvillas y flores que parecen guirnaldas. Y también están vigiladas. Unos guardas sentados sobre sus taburetes custodian cada entrada. Son ancianos. Me pregunto qué podrán hacer frente a un ladrón, pero no tardo en comprenderlo: es una cuestión de respeto. Nosotros guardamos mucho respeto por los ancianos; por lo que un ladrón

jamás pegaría a un anciano, aunque fuera guarda. Con lo cual los ladrones no roban a los ricos. Los ricos, además de ricos, son astutos. Me siento elegante. Hasta casi podría tener familia que vive aquí. *Casi*, tampoco estoy chiflada... Siempre hay pequeños detalles que nos delatan y nos recuerdan de dónde venimos. En mi caso, son los dientes. Todavía no he asimilado que hay que cepillarlos a diario. Pero ahora que vivo en un palacio, me compraré un cepillo de dientes. Hay muchos otros detalles que me delatan. Tengo las manos de una mujer trabajadora, los pies de una trota colinas, el chichi de una putilla y la mirada de una pobre. Y siempre con la cabeza gacha.

Toco el timbre. Un joven viene a abrir la puerta. Es Abdelatif, el hermano de Abdelkrim.

—Hola, soy Abdelatif.

—Hola, soy Jbara.

—¿Has tenido buen viaje? Entra.

Coge mi maleta. ¡Vaya, qué caballero!

—Sí, muy bien, gracias. Abdelatif, muchísimas gracias por este trabajo...

—Si eres seria y trabajadora, no habrá ningún problema. Ya verás.

—El trabajo no me asusta, Alá es mi testigo...

—Toma, aquí tienes el uniforme. Póntelo. Nos veremos en la cocina.

—De acuerdo... Gracias...

Me pongo un pañuelo y una blusa de color azul cielo. Apenas tengo tiempo de echar un vistazo a mi habitación. No es más grande que la que tenía en Belsouss, pero sí está más limpia: las paredes son blancas. Prefiero no perder un minuto e ir derecha a la cocina; ya tendré tiempo de contemplar estas nuevas cuatro paredes. Pienso seguir avanzando por mi camino, afrontar los avatares del destino... Mira, me ha salido un pareado. Masmara me da alas.

La mansión es magnífica. Seguro que los dueños, como mínimo, conocen al rey. En la cocina hay dos mujeres: una buena y otra malvada. La buena tiene mi edad; ha tragado la misma mierda que yo. Se llama Latifa. La malvada está gorda, se llama Hafida y, cómo no, es la que manda.

—No seas contestona, ni pidas permiso para salir, ni coquetees con los guardas de los vecinos. A partir de ahora, es como si representaras a la familia. Solo dirás: «sí, *Lalla*^[12]», «sí, *Sidi*^[13]» y no habrá ningún problema. Dormirás solo cuando los demás estén dormidos y no mirarás al *Sidi* a los ojos. Pierde las formas de vez en cuando, pero nunca debes responderle. El hombre trabaja mucho, tiene importantes responsabilidades, por lo que todo ha de estar listo, siempre, en cualquier momento...

Llega la patrona. Al verla entiendo de inmediato por qué los pobres quieren ser ricos. Es hermosa, segura de sí misma. Da envidia, tiene clase, va bien vestida y maquillada. A ella, ningún detalle la delata. No tiene tiempo de fijarse en nosotros,

parece muy ocupada. En realidad, su problema tiene que ver con la cena que ella misma organiza esta noche: dos invitadas y amigas suyas, que no se tragan, acabarán sentadas la una junto a la otra ya que sus respectivos maridos están a punto de cerrar un trato. No pasa nada, es tan guapa. Parece francesa...

—¿Eres tú la nueva?

—Sí, *Lalla*.

—Sígueme, te enseñaré... ¿Sí, dígame?...

La sigo.

—A las ocho y media, cariño. Y si se te ocurre traer algo, ¡te juro que te mato! Venga, hasta esta noche, un beso...

Cuelga.

—¡Mucho cuidado con lo que haces! A la última la eché porque hablaba demasiado con el jardinero de al lado. Y en mi casa ese tipo de cosas...

—Sí, *Lalla*.

La patrona me conduce hasta el jardín que está lleno a rebosar de gente. No hace falta que diga lo hermoso que es. Ahora sé que en la vida hay cosas mejores que el Raïbi Jamila. Ser rico, para empezar.

¡Joder con Tafafilt!

No hay tiempo para remover mi mierda; debo limpiársela a los demás.

—Estas son mis hijas: ella es la *Lalla* Najwa y ella, la *Lalla* Malika. Él es el *Sidi* Mohamed, mi hijo.

Nadie me dedica una mirada. No importa, estoy acostumbrada a no existir. Las hijas juegan con sus teléfonos móviles entre carcajadas histéricas. En la piscina, los chicos juegan a chapuzarse los unos a los otros mientras se lanzan insultos como «hijo de puta» o «cabrón».

—¿Y cuándo coño comemos?

Es el *Sidi* Mohamed, que tiene hambre.

Quito las copas de rosado, los paquetes de cigarrillos y los ceniceros. Limpio la mesa mientras Latifa, la buena, trae ensaladas y brochetas, seguida por la gorda, con las bebidas. Todo el mundo está empapado en sudor. La patrona ha ido a cambiarse. Se ha puesto un traje de baño con un pareo a juego tapándole las nalgas. Después de todo, es una mamá. Aun así, tiene mejor tipo que las hijas. Para guardar las formas, oculta su culito respingón. Los amigos de su hijo le lanzan miradas furtivas, como quien no quiere la cosa. He reparado en ello. Y ella les responde, como quien no quiere la cosa.

No me quedo ahí en medio, pero tampoco me alejo demasiado. Estoy alerta. ¡Cómo se las gastan los ricos! Los hijos insultan a sus amigos, y la madre despelleja a sus amigas: que si no son más que ex azafatas de vuelo, que si llevan imitaciones, que si viven por encima de sus posibilidades, que si sus hijos están chiflados... Cosas así.

Y lo más sorprendente es que todas están invitadas esta noche.

La *Lalla* Najwa me cae bien; es la más joven y la más sensata. Me gusta sobre todo porque ha dicho «que te jodan» a su hermano, el *Sidi* Mohamed. Y puesto que tengo la sensación de que no serán pocas las veces que me quede con las ganas de decirle lo mismo, he sentido una satisfacción enorme al oírla. A veces, cuando nos cruzamos en los pasillos, ella me lanza una pequeña sonrisa. Un día que iba a tomar un baño, me pidió que le frotase la espalda y hasta me dio las gracias. También me ha regalado una pinza del pelo en forma de mariposa.

Pero sigue siendo una niña pija. De vez en cuando, tiene sus arranques. No lo hace a propósito, sucede sin más, debe de llevarlo inscrito en su código genético. Los ricos no nos ven. Por ejemplo, el *Sidi* Slimane, el padre, jamás me mira. Ni me habla. No creo que le caiga mal. Se diría que siempre tiene algo en la cabeza, cosas de vital importancia. Para él, no soy más que una hormiga, como las miles que aplasta cada día de camino a la oficina. Y claro, como el *Sidi* no puede pararse a atravesar el camino de piedras, cruza por el césped.

Son las cuatro de la madrugada, y estoy dormida. Cuando creo que descanso plácidamente, un timbre abominable resuena en mi habitación. Me levanto. Cago en la puta. Ya han vuelto a casa los gilipollas. Estamos a sábado; los muy porculeros han ido al club La Calypso, y La Calypso abre el apetito. Ya está bien, esta noche les escupo en la comida.

Están todos tendidos en el sofá, borrachos. La *Lalla* Malika, que yace bocabajo, tiende otra vez la mano hacia el interruptor que suena en mi cuartucho pero se detiene al verme llegar.

—Tenemos hambre. Calienta lo que haya.

Caliente, corto, mezclo y escupo. Al otro lado, me llegan frases entrecortadas: «me cago en tu raza, hijo de puta, solo tengo que chasquear los dedos para follármela, que te den por el culo, moro de mierda», entre otras lindezas.

Son amigos.

Llevo los platos; se abalanzan sobre la comida y beben a morro, como los hombres de verdad.

Espero pacientemente en la cocina, pero no puedo más y me duermo entre los nabos y los calabacines^[14].

—¡Jbara! ¡Jbara!

Me sobresalto. Tengo ganas de vomitar. Del cansancio. Oigo un rugir de motores; ya no se insultan en el salón. Se van a dormir. Debo lavar los platos.

Desde hace bien poco, me pongo guantes para fregar los platos porque Mouhfida Ben Abess de la radio ha dicho que los detergentes resecan la piel. También ha dicho que «para tinir onas manos soavis como Jinnifir Aniston, hay qui machacar il aguacati con il aciiti di irguín y aplicar la mizcla in las manus»^[15].

Aún no he tenido tiempo de probarlo. En realidad, no sé muy bien qué es un aguacate. Pero lo averiguaré.

Entra alguien. Me vuelvo; es el *Sidi* Mohamed.

—¿Desea alguna cosa, *Sidi*?

Él gime y respira ruidosamente. Apesta a alcohol. Se pega a mí y me levanta la falda. Se baja los pantalones, los calzoncillos y saca su sexo. Me penetra. Tiene un sexo enorme, descomunal; y yo, una pelvis pequeña, así que me duele. Pero no puedo protestar. Es el *Sidi*. Me folla cada vez con más fuerza. Yo tengo las manos sumergidas en el agua enjabonada que hace pompas. He estado a punto de romper dos vasos. No sé qué hacer; llorar está pasado de moda. Y para colmo, se toma su tiempo, el muy cabrón. Por fin, eyacula. Se sube el pantalón y se marcha farfullando cosas incomprensibles.

Me chorrea por los muslos. Cojo algo de papel y me limpio la entrepierna. No me quito los guantes. Termino de lavar los platos. Rompo un vaso a propósito. Algo tengo que hacer. Rompo otro.

Buenas noches, mierda.

Es la primera vez que me follan sin darme nada a cambio. No es una sensación muy agradable que digamos. Me siento aún más mancillada que de costumbre. Menuda cara. Me ha violado impunemente y se ha quedado ahí, durmiendo como un bebé. Sin duda volverá a hacerlo, y yo volveré a romper vasos. Me van a echar una buena bronca y encima tendré que reembolsarlos. No es una buena idea. Mejor llorar. Y en silencio. No hay que despertarlos. Mañana será otro día; iré a comprar un Raïbi Jamila, la la la la la...

No, eso ya no me compensa.

Como el *Sidi* no puede follarse a sus amigas de buenas familias, me folla a mí. Sólo puede darles por el culo porque es el único modo de que lleguen vírgenes al día más feliz de sus vidas. ¿Tendré yo un día más feliz de mi vida?

¿Eh, Alá?

En realidad, lo que quiero preguntarte, Alá, es: ¿puede uno escapar a su destino? ¿Acaso una chica como yo tiene un destino? Sí, preferí un techo a la intemperie, el calor al frío, una cama a la calle... ¿Y por ello merezco tu ira? ¿En serio? Todas las decisiones que he tomado son de lo más lógicas. Y naturales. ¿Quién aspiraría a ser mendigo? Nadie. Yo no. He vendido mi cuerpo. ¿Qué hubiese sido de mí si no llego a prostituirme? Habría dormido en la calle, junto a los locos, los mendigos y los perros. No, Alá. He optado por actuar así para tener un techo bajo el que dormir. Miserable, pero un techo al fin y al cabo. Sabes perfectamente que no lo he hecho por placer. Tú lees mi corazón, así que debes de saberlo todo. Como dicen, es *alimental*. Alá, siento mucho hablar con tanta crudeza pero, ya que oyes todo lo que pensamos para nosotros mismos, imagino que no vas a sentirte ofendido por una palabra o dos fuera

de tono, ¿verdad? Hago cosas horribles y no dejo de sincerarme contigo. Contigo, el Puro. Tiene su lógica, ¿quién si no el Puro podría guiar a una impura como yo? Te hablo con toda la confianza, pero te respeto, Tú lo sabes.

Tengo ganas de llorar.

Al día siguiente, temo cruzarme con el *Sidi* Mohamed. Y es que, de algún modo, me ha violado. Toma el desayuno al borde de la piscina. Son las cuatro de la tarde. Ni siquiera me mira, pero no es por vergüenza. Es más bien como si yo no existiera, como si lo que me hizo la víspera no importase porque yo no importo, porque no soy nadie, nada. Y la nada no cuenta para nadie.

Todavía no he podido limpiar el semen que me dejó entre los muslos. En materia de higiene, aún me faltan ciertos automatismos. Si puedo, me escapo al *hammam*^[16] público a darme un baño. Me gusta hacerlo una vez a la semana aunque, a menudo, suele ser cada diez días. Las *Lallas* se duchan una vez al día, por eso huelen tan bien. No se lavan con un sucio jabón como el mío, sino con gel en botellas de todos los colores donde aparecen mujeres desnudas que se asean en plena jungla bajo una cascada de leche de coco.

Al ver esos frascos me entraron ganas de lavarme más a menudo. Siempre he mantenido una relación especial con la publicidad. Poseer algo que anuncian en televisión hace que me sienta viva. De vez en cuando, robo a la *Lalla* Najwa algo de gel de almendra dulce o de granadina. Y luego, me lavo en mi habitación con un chorrito de agua oxidada.

El *Sidi* Mohamed no me supone ningún problema; no es más que un imbécil, y así será de por vida. No, mi mayor problema es que las personas como yo ocupamos el último escalafón de la humanidad: no tenemos valor alguno. Si mañana llega nuestra hora nadie se inmutará. Nadie llorará mi desaparición, nadie se preguntará qué ha sido de mí, nadie me recordará. Es horrible no formar parte de los recuerdos de nadie. A lo sumo podría colarme en una foto de familia, como si nada... Al menos así aparecería en alguna parte. Incluso me conformaría con salir en segundo plano, mientras recojo la mesa. Jamás me han hecho una foto.

Bueno sí, una vez, aquellos turistas americanos que vinieron a casa con su bandera blanca. Pero apuesto a que mi foto no descansa sobre la chimenea de su mansión. Aunque quizás la saquen de vez en cuando para enseñársela a sus amigos y demostrar así cuán aventureros son. Y tal vez para hablar de esa hermosa chica que no era más que una pobre del desierto. En tal caso añadirían: «¡Pero qué mal olía!».

Si estás acostumbrada al desprecio, no tienes nada que perder. Y, sin embargo, mírame, ¡estoy aquí, mierda! Respiro, siento, veo, ¡soy una persona, joder! Pues no, resulta que no soy nada. Poco menos que una chacha. Mañana otra ocupará mi lugar, nadie se tomará siquiera la molestia de cambiar mis sábanas.

El *Sidi* Mohamed reclama su té a la menta sin alzar la mirada de su periódico. A

mí me gusta que me pidan un té o un cojín mirándome a los ojos. Siento que alguien se dirige exclusivamente a mí, que solo yo he de llevarle el té o el cojín. Le sirvo, traigo el té o el cojín, y eso ya es algo. Lo que pasa es que jamás me miran a los ojos. Pero lo suyo es el colmo: ni siquiera me mira cuando me folla. Total, que llevo su té al *Sidi* e intento ignorar lo que me hizo. La nada no piensa.

—¡Jbara! ¡Jbara! ¡Jbara!

Cuando no se valen de su propia boca, utilizan una campanilla. Hoy, la *Lalla Malika* me reclama a gritos para que le lleve su campanilla. Tiene gracia.

He estado ahorrando todo este tiempo. Ya tengo casi 1.500 dinares. Abdelatif ha pedido permiso para ir a ver a su familia, y su autobús pasa justo por delante de donde viven mis padres. Qué suerte. Abdelatif es un tipo amable, serio y trabajador. Me hace algún que otro favor y, a veces, me lanza sonrisas sinceras.

A las que yo respondo.

Le entrego los 1.500 dinares y unos cuantos robots y muñecas de plástico para mis hermanos y hermanas. También un pañuelo con un leopardo bordado. No lo es, pero parece de seda. Sea lo que sea, las mujeres elegantes suelen llevarlo alrededor del cuello, no sobre la cabeza. Seguro que mi madre lo doblará y lo guardará con sus cosas, entre una pieza de tela heredada de su madre y un *lizar*.

Abdelatif está plantado en la puerta. Intenta reconfortarme.

—Les repites todo lo que yo te he dicho, palabra por palabra: que trabajo en una tienda que vende oro y pañuelos, que estoy bien, que como bien y que voy a la mezquita...

Me interrumpe:

—Que sí, que se lo diré todo. Llevamos tres días ensayando. No te preocupes, Jbara. Venga, vuelve dentro o la patrona te echará una buena bronca.

—¡Jbara! ¡Jbara!

Reprimo un sollozo al pensar que pronto verá a mi pobre madre y a mis ovejas. Se me parte el corazón. Pero cicatriza pronto.

—¡Jbara, mis gafas! ¡No, las Versace no, las Fendi!

Mi corazón se repone del todo mientras voy subiendo a toda prisa los escalones. No sé leer ni escribir, pero sé distinguir unas Versace de unas Fendi. ¡Qué gracioso! O patético. O ambas cosas a la vez.

El Porsche Cayenne ruge. La familia está lista para partir. Se van a un balneario a orillas del mar, para ponerse en forma... Es que están cansados. Muy cansados.

Hafida cierra el pórtico.

Yo dejo escapar un suspiro.

La casa se ha quedado vacía. Estoy en mi habitación escuchando a Mouhfida Ben Abess. Hoy nos enseña a lucir una melena bonita. A mí me gustaría tener las raíces lisas, pero no hay nada que hacer. Y no voy a pedirle tal cosa a Alá. Tiene asuntos

más importantes en los que pensar.

Ahora bien, Alá, ¿por qué el norte es lluvia y pelo liso; y el sur, sequía y pelo crespo?

Me acuesto en la cama. Latifa viene a hacerme una visita cargada con dos vasos de té a la menta.

—Te lo juro. Se pasó casi todo el domingo con un pepino en el coño.

—¿Y lo hizo delante de ti?

—Pues claro. Se la sudaba que la estuviese mirando...

—¿Y cómo se las arreglaba para caminar? ¿Qué hacía si aparecían sus hijos o algo así?

—No. Sólo lo hace cuando no están en casa o está a solas conmigo. De repente, oigo un «¡pum!», y veo que hay un pepino en el suelo. Ella lo recoge, le da un enjuague y vuelve a metérselo casi entero.

—¡Qué fuerte! ¿Y cómo te has enterado de que sirve para...? ¿Qué palabras utilizó exactamente?

—«Fortalecer los músculos de la vagina», según dice. Te cuento: un día se enfadó con su marido y le dijo: «Me tiro todo el domingo con un pepino en el coño para fortalecer los músculos de la vagina y, por si fuera poco, me tratas como a una puta». Y el marido, que no entendía nada, le preguntó por qué lo hacía. Y ella le gritó: «¡Pues para darte más placer, desgraciado!». Nosotras estábamos muertas de risa, y él se marchó y la dejó como una mierda llorando en su cama.

Pensé que la ensalada de pepinos jamás me sabría igual. Me pareció increíble. Pasa domingos enteros con un pepino en la vagina y el tipo la deja tirada. Además, esta historia lleva tiempo persiguiéndome. Para empezar, porque lo he probado alguna vez y, para terminar, porque a esta familia le encantan los pepinos: crudos, en ensalada, en ensalada dulce con azahar... Y yo nunca los pelaba. La piel es buena para el tránsito intestinal...

Qué quieren que les diga, uno se vuelve mezquino cuando ha nacido pobre y a diario lo tratan como una mierda. Si son ustedes ricos y también tienen «empleados del hogar» o chachas, sepan que alguna vez han debido de probarnos. Se habrán tragado escupitajos, salivazos, mocos, pis, semen o caca de alguno de nosotros. Al menos una vez. Denlo por hecho. Tanto da que nos traten bien, que sean atentos o se comporten como auténticos cerdos, nos habrán catado de igual modo. Llevarán algo nuestro en su interior... Es así porque ustedes son ricos y nosotros miserables. Tan sencillo como eso.

Reímos como dos chicas casi normales y corrientes mientras bebemos nuestro té. Pero llega la vacaburra para meternos en vereda.

—A trabajar, ¡no hay vacaciones para vosotras!

—Venga, solo dos segundos. ¿Es que no podemos respirar un poco?

No sé qué me ha dado para decir algo así ni cómo me he atrevido, pero la vacaburra se pone furiosa.

—¿Quién te has creído que eres, pedazo de zorra? ¡Ya podéis ir moviendo vuestros traseros de palurdas e ir a recoger las habitaciones! ¿Cómo te atreves?

Incluso los pobres obedecemos una jerarquía.

Es para partirse de risa.

Levantamos nuestros pequeños traseros, no nos queda otra. Vamos a recoger las habitaciones. La vacaburra va a acomodar su gordo trasero sobre el sofá y a sumergir su rostro grasiento y feo en el pastel de chocolate que sobró del cumpleaños del día anterior. Con un té a la menta. Frente a un episodio de *Raimonda*. La muy puta.

Son las seis de la tarde. Estoy tumbada sobre la almohada. Latifa irrumpe en la habitación como una loca.

—¡Esta noche la vacaburra va a ver a su familia!

—¡Guay! ¡Podremos ver la televisión!

—¡No! ¡Vamos a la discoteca!

—¿La discoteca?

—Claro. Allí bailaremos, tú conocerás a un francés y después le harás una...

Latifa se vale de la mímica para representar una felación. Yo estallo en carcajadas.

—¿Cómo vamos a ir?

—No te preocupes, tengo un amigo taxista. Nos llevará y nos recogerá por unos 100 dinares cada una. ¡Ve a arreglarte!

Elijo los vaqueros con bolsillos brillantes, unos zapatos de cuña y un top turquesa de flecos. Voy a plancharme el pelo para que quede liso. Se hará lo que se pueda.

Alá, esta noche volveré a hacerme daño a mí misma. Volveré a ser una puta. Ya no se trata de Miloud. Ni de Abdelkrim. No lo haré para comer, sino para poder comprarme cosas. Más cosas. Y por primera vez en toda mi vida, pienso divertirme, quiero saber qué se siente. No te estoy pidiendo permiso, solo quiero que sepas que soy consciente de lo que hago. Está mal, tal vez sea *haram*. Pero al menos no te culpo. Asumo mis responsabilidades. Si hay un precio que pagar, lo pagaré. Siempre que el precio no sea la vida... Da igual, pago lo que sea, al contado. No te estafaría, jamás te pediría un préstamo.

Quiero darte las gracias, Alá, porque eres el único que no me contradice nunca. Qué bien sienta que te escuchen. Por esa razón, eres el más sabio de todos. Por esa razón eres Alá. Escuchas cuando todo el mundo berrea. Contigo he aprendido a no hablar a voces, contigo he aprendido a hablar bajito, y eso me hace sentir bien, me tranquiliza.

Gracias, Alá.

Ya hemos llegado. Aquí estoy. El local se llama Monte Casino, y hay un montón de chicas con minifaldas y un montón de hombres con camisa de manga corta. Franceses. No me siento muy cómoda; seguramente tenga pinta de torpe. No sé qué hacer con las manos ni qué postura adoptar. Hace calor; se me empieza a rizar el pelo.

Latifa me pone una copa de champán en la mano. La sujeto como quien sujeta un vaso de gaseosa. Qué poca elegancia. Todo el mundo baila, todo el mundo alza las manos al aire y yo, como una idiota, pienso en Tafafilt. Mierda, ¿por qué no puedo dejar de pensar? ¡Pero si estoy en una discoteca!

Latifa me señala un hombre que aguarda solo en la barra. Levanto el cordel del tanga por encima de la falda y me encamino hacia él. Como la rubia de la revista.

He olvidado todas las palabras que Latifa me ha enseñado en el taxi, aunque recuerdo vagamente una de ellas.

—Me encanta Froncia^[17].

Él me coge por la cintura y tira de mí hacia sí. Tiene la tez rosada y los labios muy finos.

—¿En serio? Pues a mí lo que me encanta es tu coñito de mora.

Yo no entiendo gran cosa, pero a juzgar por su aspecto de perverso, está claro que no me está pidiendo matrimonio. Nos ponemos a bailar. Ninguno de los dos sabemos qué hacer con nuestros cuerpos. Su estilo es una mezcla de *zouk*^[18] y de

jerk^[19]; yo contoneo mi culito porque lo llevo en la sangre. Rompo a reír a cada palabra suya y repito: «Me encanta Froncia». Él me lame la oreja. Qué asco; me repugna aunque esta vez tendré que aguantarme. No me apetece nada volver a empezar de cero con otro tío.

Estamos en su coche. Un coche de alquiler que está hecho polvo. Me ha dicho que trabaja de agente inmobiliario en París. Como mucho será comercial para una marca de aspiradoras en un pueblucho. Suda, gime, se enfada porque voy muy lenta. Me agarra del pelo y empieza a decirme de todo. No voy a explayarme; un insulto es un insulto. De repente, me tira del pelo con demasiada fuerza, y le aparto la mano. Me da por el culo. Y, sin embargo, insistí en que no quería que me diese por el culo. Pero quiero mi dinero y quiero volver pronto a casa, de modo que, vale, dame por el culo.

No soy tan tonta y aprendo rápido. Cada día saco más partido de mi belleza. Me ha crecido el pelo y he encontrado un producto que me deja unos bonitos rizos; me maquillo menos, me depilo entera y, a veces, me hago la manicora^[20]. Todo está a punto. He logrado cierta reputación en Monte Casino; hasta saludo con un beso a los gorilas de la puerta. Eso sí que es promoción social.

El *Sidi Mohamed* sigue follándome sin ofrecer nada a cambio. Pero ahora lo hace incluso cuando está sobrio. La última vez, me acarició la nuca...

Sé que estoy cambiando. Prueba de ello es que los demás ya no me tratan de la misma forma. Latifa ha dejado de hablarme sin ningún motivo; la vacaburra me da más trabajo, Abdelatif aprovecha cualquier oportunidad para abrirme la puerta y el *Sidi Mohamed* me folla de frente.

He aprendido de mis patronas, he tomado nota de lo que he visto en las revistas, he observado a las demás putas y me he convertido en la número uno. Ahora sé que soy bonita. No, bonita no, guapa. Muy guapa. Creo que es la sensación más agradable que he conocido hasta ahora. Levanto pasiones incluso ataviada con mi uniforme de criada. Me depilo con caramelo y dejo muy poco pelo. Me lavo todos los días, me perfumo, delinear mis ojos verdes con kohl y pongo miel sobre mis labios carnosos. Fue Mouhfida, de la radio, quien dijo que la miel hidrataba mucho los labios.

Una noche, cuando creo que la casa está vacía y me preparo para salir, suena el timbre en mi habitación. Echo a correr hacia el salón y reconozco la campanilla del *Sidi Mohamed*. Llamo a la puerta de su cuarto. Está tendido sobre su cama, en vaqueros y con el torso desnudo. Me pide una limonada. Le llevo su limonada. Me pide dátiles. Le llevo unos dátiles. Me pide cuernos de gacela^[21]. Le llevo unos cuernos de gacela. Me pide que cierre la puerta. Cierro la puerta. Me pide que me acueste a su lado. Me dispongo a mamársela. Él me dice que no. Me desviste y me acaricia.

¿Qué me pasa? Oh, Dios mío, pero ¿qué está pasando? El *Sidi Mohamed* me...

Oh, joder, ¡qué rico! Me... me... me gusta. Dios mío, pero ¿qué le ha dado? Suele portarse como un cabrón... ¡Ay, qué rico! Con el dedo masajea el botoncito que asoma de entre mi vulva, y siento que una marabunta se desliza por mi cuerpo. Me muerdo el labio de placer. No me lo puedo creer. Creo que me está haciendo el amor. Gracias, *Sidi* Mohamed. Gracias.

Grito y no puedo parar. Espero a que me eche una buena bronca, pero me lanza una sonrisa. Mete su sexo dentro del mío. Abro mis piernas todo lo que puedo para darle a entender que es bienvenido y que, a partir de este momento, lo será siempre. Hacemos el amor. Jbara hace el amor. Qué bien huele. Podría morir ahora mismo.

Nada volverá a ser igual.

No quiero volver a trabajar de chacha. Quiero ganar dinero y encontrar un hombre que me haga esto más a menudo. Por lo menos, quiero empezar a ganar dinero para poder elegir al hombre que quiera.

Me marché de allí al día siguiente y jamás he vuelto a ver al *Sidi* Mohamed. Se lo perdono todo. Todo. Absolutamente todo. No recordaré más que ese delicioso momento.

Total, que sigo ejerciendo de puta todas las noches. He alquilado un cuchitril en un edificio destartado del centro de la ciudad. Está prohibido, pero ya no me importa. Me gana bien la vida. Cada vez mejor. Me miran con envidia, y eso me hace sentir bien. En Monte Casino, me consideran toda una estrella. Bailo como una diosa encaramada en mi plataforma y, por si fuera poco, puedo elegir a mi presa.

Y una noche, las puertas se abren de par en par y todo el mundo queda paralizado. Seis hombres entran en el club, rodeados por tres guardaespaldas. Sin pensarlo dos veces, el propietario espanta a los comerciales de aspiradoras de una mesa. Son jeques del Golfo, no hay duda, *Krouchs Iharam*^[22], sus buenas panzas los delatan. Deben de comer carne todos los días, está claro. Todas las chicas se abalanzan sobre ellos.

Todas menos yo. No me gusta hacer lo que las demás. Y encima es más rentable. Me contoneo sobre mi plataforma sin dedicarles una sola mirada. Les toca a ellos mover ficha. Y lo hacen. Piden té y narguilés. El islam prohíbe el alcohol y, como buenos musulmanes, los jeques no beben. En cambio, ¡follan como cabrones! Me comen con la mirada, me hacen gestos para que me acerque. Tomo asiento a su lado, pasando por encima de mis compañeras, que no han sido invitadas.

—¿Cómo te llamas?

—Sherezade...

Me llamo Sherezade. Jbara es el pasado; un nombre de pastora, basto y feo. Con un nombre así a nadie le apetecerá decirme cosas bonitas o acariciarme. Mientras que con Sherezade, tengo la sensación de ser una sultana rodeada de eunucos que me abanicán con enormes hojas de... ¿De qué era? De palmera, creo. Como no tengo papeles, puedo cambiar de nombre si me apetece.

Tres veces por semana, un gigantesco Mercedes de color negro viene a recogerme a la esquina de mi calle para llevarme a casa del jeque. Me paga bien. Soy su favorita. Nos reunimos en su habitación sacada de *Las mil y una noches*. Se desviste sin el menor complejo. Es bajito, gordo, tiene las uñas de los pies demasiado largas. Se acuesta en la cama, su pilila se agita un poco sin llegar a empalmarse. Tiene una botella de whisky en la mano. Ríe con voz aguardentosa. No sé por qué ríe pero, para no aguarle la fiesta, le sigo la corriente.

Abre el cajón de su mesita de noche y saca un fajo de billetes de 100 dinares. Nuevecitos. Yo también me he quitado la ropa y, con un solo gesto, me ordena que me quite el tanga. Después se echa a reír y lanza billetes de 100 dinares al suelo. Yo le observo. Él me dice:

—Cada billete que cojas será tuyo. ¡Pero tienes que atraparlos con las nalgas, jajajajajaja!

De todos modos, hace mucho tiempo que renuncié a la dignidad. Tanto me da. Claro que tendré pinta de estúpida al mover el culo en todas direcciones. Es como llevar uñas largas e intentar atrapar una moneda en la mesa. Y como los billetes son nuevos, están totalmente planos. Voy a tener que apretar el pompis todo lo que pueda. Si miro lo que hago, me moriré, así que no miro y lo hago.

Al principio me cuesta mucho, y él se retuerce de risa. El muy hijo de puta se lo está pasando pipa. Continúo. Un billete me cosquillea las nalgas, lo muevo de izquierda a derecha y entonces... ¡aprieto! Parece que estoy en un aseo turco salvo que en lugar de empujar, contraigo.

1.300 dinares y tengo el culo de hormigón. Ni siquiera me ha penetrado; se ha quedado dormido. Me marchó con 1.300 dinares en el bolsillo. Qué felicidad. Pero si no olvido lo que ha pasado aquí, me moriré de vergüenza. Esta noche no rezaré mis oraciones. No quiero dirigirte la palabra, me siento demasiado avergonzada.

Las cosas me van bien. Ya no estoy sola; desde ahora, el jeque me respalda. De acuerdo, sí, soy su puta, pero es bueno conmigo. Me paga bien. A veces, incluso hablamos. Me envía al médico de la vagina una vez al mes. Qué encanto, se preocupa por mi salud. Me dice que no soy una puta como todas las demás, que significo mucho para él. De algún modo, hago de su mujer cuando está por la zona. También me dice que soy guapa. Más guapa que Haifa Wehbe^[23]. Incluso me dice: «Sherezade, tu belleza es la prueba tangible de la existencia de Dios».

Yo me digo que podría ser peor, que podría limitarse a follarme sin involucrarse lo más mínimo en mi vida. Cuando quiere hacer cosas que no me agradan, sonrío y entonces comprendo que recibiré una recompensa a cambio. Así que lo hago. Un día me trajo de la Meca un Corán sagrado, tal y como le había pedido, y yo se lo mandé a mi madre. Se alegró mucho.

Acudo puntualmente a mis citas con la esteticista. Me hace una depilación casi integral. Me visto en tiendas que dan a la calle y, una vez, el jeque llegó a regalarme una joya de Dior, la misma marca que la de mi maleta. Es increíble la adoración que suscita el tal Dior.

Ahora soy toda una mujer de negocios. Mi cuerpo es mi oficina. Rezo cada vez con menos frecuencia. No solo por vergüenza; para empezar, por falta de tiempo. Me he vuelto exquisita. Me reclaman, me aclaman. El jeque me presta de vez en cuando a sus amigos de categoría. Todos se ríen, se ríen de mí cuando contraigo las nalgas. Mis nalgas valen oro. Y yo también río.

Por 3.000 dinares me pueden hacer pis encima. No suele ocurrir a menudo, pero cuando el jeque está colocado, le gusta mearme encima. Y se parte de risa mientras lo hace.

He dejado de rezar. He decidido dejar de creer en Dios. Es más sencillo así. Antes más o menos sabía qué decirle. Todavía colaba la historia de la chica que no tiene donde caerse muerta y hace la calle para comer. Pero ahora hago la calle por codicia. Ya no me falta la comida, pero eso no me basta: quiero carne todos los días, quiero beber el Raïbi en copas de cristal.

De modo que prefiero no hablar con Él. Sé que no me contradirá nunca, pero hay un límite para todo... Soy consciente de mi culpa. Nadie me obliga a soportar que me hagan pipí encima. Una siempre tiene la elección de que la meen encima o no.

Un día cogí un herpes en el bajo vientre. ¡Dios mío, cómo dolía! Y el tratamiento costaba casi 3.500 dinares. Pedí dinero al jeque para que me curaran pero, ese día, había consumido drogas. Estaba enfadado. De mal humor. Accedió pero a cambio de algo. Algo en que jamás habría pensado. Demasiado retorcido para un cerebritito tan redondo como el mío. Se le había ocurrido: «¿por qué no caca?». Y lo hizo. No quiero hablar más del tema.

Ahora lo sabéis todo.

Sigo mandando dinero a mi familia. Al parecer, en Tafafilt he pasado de ser *haram* a ser una santa. Mi padre me reclama. Con el dinero que les envío, se ha comprado una televisión y una parabólica. Fui a verlos la semana pasada, la primera vez desde que me echaron a patadas por el error que había cometido. O por haberme quedado preñada. Ya no lo sé.

He pedido un taxi grande; me he recogido el pelo en una cola de caballo, me he puesto una chilaba de color azul marino y he regresado a casa. No entraré en detalles sobre lo que sentí: una mezcla de repugnancia y melancolía. Creo que lo que más echo de menos son mis ovejas. Y también el silencio. En pleno desierto, veo una parabólica por encima de nuestra jaima... de su jaima, quiero decir. Ya no es mía. Ya no apesto. ¡Qué patético! Un generador para poder ver la tele egipcia y las desventuras de *Raimonda*. Mis hermanos y hermanas están pegados a la pantalla; tienen la nariz llena de mocos y los dientes llenos de sarro. Yo ya no soy así, está claro.

Mi padre se mete en su papel y se queja de dolores de espalda para no levantarse de la cama.

—Ay, mi espalda. Dios mío, mi espalda. Qué tortura. Me duele mucho, hija, me duele mucho. Es insoportable. A veces el dolor es tan fuerte que tengo ganas de gritar. Si tú supieras, hija mía...

Pues sí, eso me dijo mi padre cuando nos vimos. Se lamentó y me llamó «hija mía». Me da pena. Lo encuentro despreciable. En fin, es mi padre. Anis o Anissa habría odiado a su abuelo. Pero lo peor de todo es el gesto dubitativo que hace cuando le tiendo el fajo de billetes. Sí, creo que eso es lo peor. Me dice que soy una santa, su amada hija, su tesoro, su benefactora... Casi tengo ganas de decirle que he

dejado que me caguen encima para que él pueda comprarse una parabólica. Casi.

Lo odio. Alá, ¿esto es grave? ¿Es vergonzoso? ¿Está mal? ¿Qué es peor, Alá: hacer la calle u odiar a un padre? Y no me contestes que ambas cosas, te lo ruego... Hoy no me encuentro con fuerzas. Yo creo que no están ni mal, ni bien. Así son las cosas y punto. Soy puta, porque no me ha quedado otra; y odio a mi padre, porque tampoco me ha quedado otra.

Alá, tengo otra pregunta: ¿Quién pagará por mi bebé? ¿Mi padre o yo? Me apresuro a olvidar.

Cuando concluye su actuación de farsante y esconde el botín en su apestoso calcetín, finge interesarse por mi vida. Finge tragarse el cuento. Mi madre recita oraciones a cada una de mis palabras; me acaricia la cabeza mientras murmura bendiciones. Ella sí... Ella se traga el cuento. Al fin y al cabo, se traga cualquier cosa.

Una vez que les he contado mi vida inventada, mi padre saca un pequeño obsequio de su bolsillo. Es una caja dorada. Me la da. La abro. Hay un pelo en su interior. ¡Como lo oyen, un pelo! Un pelo, no sé de dónde. ¿Esto qué es? Me quedo mirándolo. Todos se quedan mirando y esperan que alguien les diga de qué se trata. El muy gilipollas nos tiene en vilo. Finalmente, dice:

—Es para ti, hija mía. Se lo he comprado al *fkih*. Es un pelo sagrado. Es el pelo del profeta, la paz sea con él. Es para ti, hija mía.

Mi madre retoma sus oraciones, con más ímpetu si cabe. Ni por un segundo se pregunta cómo puede ser que el pelo del profeta, la paz sea con él, haya aterrizado en Tafafilt, en el culo del mundo. Si me hubiese quedado aquí, ¿también me habría tragado semejante patraña? Probablemente. Eso me asusta. Soy puta, pero no ingenua.

Pregunto a mi padre cuánto le ha costado un regalo tan sagrado, y me contesta que 400 dinares. Me entran unas ganas incontenibles de darle un bofetón, así, en toda la boca. ¡400 dinares! ¡Casi media mamada!

Lo miro. Y encima, espera que le sonría. Ante mí se alza una escena de espanto: mi padre intentando complacerme; mi madre que, sin dar crédito, no deja de acariciar el pelo del profeta, la paz sea con él; mis hermanos y hermanas que suplican por poder tocarlo igualmente.

¿Acaso soy la única que se da cuenta de que ese pelo ha salido del culo del *fkih*, coññññño?

Pero ya que solo estoy aquí unas cuantas horas, prefiero aceptar el obsequio, esbozar una sonrisa y agradecer el gesto. Es duro. Pero ¿de qué serviría explicarle que es un gilipollas? ¿Que golpeó a mi bebé cuando lo llevaba en el vientre y jamás pidió perdón por ello? ¿Que me echó a patadas como a una perra que otros perros acabaron tirándose?

Sí, culpa suya. No mía.

¿Por qué tengo que venir de aquí? ¿Por qué no soy la *Lalla Najwa*? ¿Por qué mi padre es mi padre? ¿Por qué? Pero ¿por qué?

Si no tienes respuestas, ¡tampoco tendrás órdenes que darme! Me consume la rabia. Quiero morir.

Estoy harta de hablar de ellos. La miseria es fea, viscosa, sucia, perniciosa y viciosa. Mi padre es miserable además de todo lo que ya he dicho. Y es vil, ¡puaj!, repugnante. Me da asco. Me ofrece un obsequio para que siga siendo una buena puta... Me da su bendición para que sigan follándome... Me implora pero no me pide perdón. Lo odio con todas mis fuerzas. Me odio por ser hija suya.

Es una rata. No lo quiero. Me niego a hablar más de él.

Y tampoco quiero hablar de mi madre. Siempre llora en silencio y le echa la culpa a las cebollas. Sigue preparando la comida, claro. No hace otra cosa. Y no le sale bien, ahora lo sé. Mi paladar se ha vuelto más refinado; me he acostumbrado al buen comer. Aunque sigo bebiendo mis Raïbi Jamila a través del agujerito que hago en la base. Pero no delante del jeque.

Alá, te pido perdón por haberla pagado contigo antes. No quiero ser de esas personas que disfrutan culpándote de sus males. Los hombres lo hacen constantemente. En lugar de mover el culo, esperan que Tú lo muevas por ellos. Un día, cuando era pequeña, un médico de la gran ciudad y su equipo pasaron por Tafafilt. Al ver que mi hermana pequeña bizqueaba, propusieron hacerle un examen ocular y facilitarle unas gafas. Pedían unos 100 dinares en total. Pues mi padre prefirió llevarla a ver el *fkih*. Se pusieron a rezar juntos para que mi hermana recuperase la vista. *Inch'Allah*^[24] decía el *fkih*...

¡Pues claro que Alá quiere! ¿Cómo no va a querer, joder?

Inch'Allah es una palabra magnífica, lo digo de corazón. Es como el rayo de luz que me enseña que todo es posible. Un ligero puntapié que me despierta cuando pierdo la esperanza... Como si Alá me dijera: «Aún no he tomado una decisión, así que levántate y ya verás lo que pasa». Sé que aunque la decisión final te corresponde a Ti, Alá, me toca a mí escalar la montaña. Incluso si las nubes me impiden ver la cima. Los holgazanes se toman el *Inch'Allah* al pie de la letra: les es más cómodo asumir que la decisión solo te incumbe a Ti. ¡Si todo se va a la mierda es porque Alá lo ha querido así! Es la voluntad de Alá. Vamos a ver, ¡nada se consigue con el culo pegado al colchón, padre! ¡Ojalá un día te levantes, padre! *Inch'Allah*.

Mi hermana ya ha perdido un ojo. Lo más probable es que también pierda el otro. En mi opinión, es injusto, Alá, doblemente injusto, diría yo. Las gafas y los medicamentos llamaron a su puerta, ¡pero ellos prefirieron pedirte que te encargaras de curarla! Que la sanases. Los odio por eso. Odio a todos los que se desgañitan diciendo que eres el más grande, que te quieren por encima de todo cuando, en realidad, no hacen otra cosa que secuestrarte.

Tengo ganas de decirles: «Dejad de caminar alrededor de la *Kaaba*^[25], y caminad alrededor del mundo. Caminad alrededor de los demás, ¡alrededor de vosotros mismos!».

Perdóname, Alá. Sé que es importante caminar alrededor de la *Kaaba*. Pero estarás de acuerdo conmigo en que hay otras cosas más importantes aún... No voy a comparar lo incomparable, pero cuando te duelen los ojos o tienes cáncer, antes de acudir a la *Kaaba* o a casa del *fkih*, vas al médico. Y lo mismo vale para muchas otras cosas. Para todas las cosas de la vida, de hecho.

No soporto a la gente que culpa a los demás de sus males ni mucho menos a los que te culpan a Ti, el Glorioso; a Ti, el Misericordioso; a Ti, el Grande. Yo jamás te culparé de nada, Alá. Jamás. Yo te quiero, pero no porque te tema. Te quiero y punto.

De otro modo, no estaríamos hablando de amor sino de una especie de contrato. Te quiero y no sé si te temo. Desconozco si eso, en el fondo, importa. El amor vale más que el temor. Jamás me has abandonado. Bueno, un poco. Pero solo para que encuentre mi camino. Y yo voy a buscarlo como una mujer hecha y derecha.

Gracias, Alá. Estoy exhausta. Y te pido perdón por lo enrevesado del discurso.

No voy a quedarme de brazos cruzados. No digo que haya elegido el mejor camino para evitar tal cosa. Pero, al menos, me enorgullezco de mí misma porque sé que jamás me tragaré el cuento de que el pelo del profeta descansa en el interior de una cajita dorada. No es un paso enorme, pero es un paso al fin y al cabo. Mi paso.

He vuelto a Masmara. Me preparo. Rebusco en mi maleta Dior. Me miro al espejo, ¡qué guapa estoy esta noche! Incluso antes, ya tenía una cara bonita. Gracias, Alá, por esta belleza cuya existencia ignoraba cuando era pobre.

Los hombres me miran y no solamente a los ojos. Cuando arqueo la espalda, babean; cuando les señalo, tragan saliva; y, cuando asiento con la cabeza, desaparecemos juntos. Me deslizo por la barra, y ellos imaginan que es su sexo: la acaricio de arriba abajo, y ellos me desean de abajo a arriba. Y yo disfruto. En casa, no puedo evitar observar mi reflejo en el espejo oxidado; me gusta lo que veo. Ya no puedo obviar mi belleza; tengo ganas de recuperar todos esos años que pasé sin ser consciente de ella. Esta noche estoy guapísima. ¡Qué gustazo! Es una sensación casi tan placentera como la de saborear un Raïbi Jamila. Casi. Porque no hay nada mejor en el mundo. Aparte de lo que me hizo el *Sidi* Mohamed, claro está. Yo diría que ambas sensaciones están a la par...

Alguien llama a la puerta. Qué raro. «¿Quién es?», pregunto. Un hombre responde:

—Abdelatif.

Abro. No puedo creerlo. Ahí está. ¿A qué habrá venido? Abdelatif me cae bien, pero forma parte de mi pasado, de mi vida de criada. De la vida de Jbara. ¿Qué querrá de mí ahora que soy Sherezade?

Lleva puesto un traje. Se ha afeitado. No se le ve muy cómodo. Me mira con atención. Es obvio que a él también le parezco guapa. Siempre le he parecido guapa. Incluso cuando no era más que una chacha, él sabía que bajo mi pañuelo se escondían unos rasgos y unos ojos bonitos. Lo cierto es que las miradas que me lanzaba día tras día me dieron mucha confianza. Por eso me cae tan bien. Abdelatif es un buen tipo que siempre ha sido amable conmigo. El único, por aquel entonces. Y por eso jamás lo olvidaré. Lo que pasa es que me pilla en un mal momento: debo irme. El jeque da una fiesta en su casa.

—Buenas noches, Abdelatif.

—Buenas noches, Jbara. ¡Qué guapa estás!

Yo me echo a reír y le pregunto:

—¿Qué te ha dado?... Bueno, gracias... Pero ¿qué haces aquí?

Saca algo de una bolsa que lleva en la mano y me lo da. Habla mientras yo desenvuelvo el papel de periódico:

—No quería venir antes de terminar de pagarla. Te quiero y deseo que seas mi esposa, Jbara. Me importa un bledo lo que hagas o lo que hayas hecho en el pasado. Quiero casarme contigo e *Inch'Allah*, poco a poco llegaremos a construir una familia.

Mientras me habla, descubro un magnífico cinturón de oro, el equivalente al anillo de compromiso en Occidente. El cinturón de oro es una pieza muy simbólica. Se le llama: «*m'damma*».

—Abdelatif, soy puta. Mereces algo mejor. Eres un buen hombre y yo una puta. Lo sabes.

—No eres ninguna puta. Para mí no hay nadie más que tú. Nunca hubo otra. Quiero hacerte feliz y, además, Dios perdona a todos aquellos que se arrepienten.

Estoy asistiendo a un episodio increíble de mi vida. Un hombre me mira a los ojos y me pide que sea su esposa. ¡Su esposa! ¿Quién lo habría dicho? Miloud no daría crédito si estuviese presente. ¡Pues sí que he progresado, Dios mío! Acaban de decirme «te quiero». Con amor y todo... Y con cinturón de oro...

Pero se trata de Abdelatif, el jardinero, y yo soy la favorita de un jeque. No puedo dar marcha atrás. No puedo. Jamás olvidaré que he sido chacha, pero prefiero no recordar. Y Abdelatif me lo recuerda demasiado. Además, no estoy enamorada de él. Ni siquiera sé lo que es estar enamorada. Bueno, es difícil decirlo. Aunque lo dudo.

—Abdelatif, por ahora no tengo intención de arrepentirme... Ya me sinceraré con Dios cuando llegue el momento.

Le devuelvo el cinturón. Él lo acepta sin insistir. El traje le queda demasiado grande: es muy ancho y las hombreras quedan algo caídas. La tela brilla, es de mala calidad. Por un instante, me digo que merezco algo mejor. Es horrible, lo sé, pero es eso lo que me pasa por la cabeza.

Me parece que es la primera cosa realmente mala que he hecho en mi vida. Es un pensamiento horrible, pero sigue siendo mío. Creo que pensar semejante cosa es peor que hacer la calle. Espero que no me haya leído el pensamiento.

Se da media vuelta y se va. He sido muy clara. Ya no tiene esperanza, es obvio.

—Adiós, Jbara.

Tengo ganas de gritarle: ¡Es Sherezade! Pero no sabe, pobre, que ya no soy Jbara.

—Adiós, Abdelatif.

Termino de maquillarme, me pongo la minifalda, el corsé y el famoso tanga de perlas que, desde que voy depilada, ha dejado de hacerme daño. Las perlas me rozan los muslos provocándome un repentino cosquilleo. Es el tanga favorito del jeque; esta noche lo va a pasar en grande. Y yo voy a cobrarle bien. Tengo que pensar en el futuro. El futuro se acerca a pasos agigantados. Debo ser previsora, ahorrar más. He

de tenerlo en mente.

Suena el claxon del Mercedes; bajo la escalera corriendo. Me espera una gran noche.

Ya pensaré más tarde. Cuando vuelva de la fiesta.

«My dream is to fly over the rainbow so high! My dream is to fly over the rainbow so high!».

Canturreo en inglés. ¿Quién lo habría dicho? Yo no, desde luego.

Tengo la sensación de que esta noche vamos a pasárnoslo de miedo...

Los pórticos son de oro. Los Rolls Royce de oro. La villa de oro. Y dentro, los huevos de oro. Esta noche seré un poco más rica. Por lo visto, me llevaré un pequeño extra. Eso sí, tendré que hacer un servicio completo: el jeque tiene invitados.

La fiesta alcanza su clímax. En realidad, no hay nada nuevo. Bailan por todas partes: encima de las mesas, al borde de la piscina, sobre los jeques... Unos comen, otros beben, ellas se la chupan. El bufé es una pasada; la orquesta, desmelenada; las chicas, también. Los jeques se lo pasan fenomenal.

Y, de repente, todo se viene abajo.

La policía asedia la villa; los agentes aparecen de la nada. Corremos en todas direcciones, gritamos, nos escondemos. No hay escapatoria, estamos atrapados. Todas las salidas han sido cortadas. Los jeques están muy tranquilos. El dinero tranquiliza mucho. El mío se lleva aparte al jefe de la gendarmería. Estrechan las manos. ¡Uf, vamos a salir de esta! ¡Qué poco ha faltado! Estaba segura de que mi jeque no me abandonaría; uno no abandona a su mujer, aunque solo sea una mujer de paso. Eso dijo él mismo. Y vamos, me lo debe. Le he dejado hacerme de todo.

Las siete de la mañana. El avión de los jeques despega. Sin nosotras. A las putas nos llevan a la cárcel. Tengo frío.

—Tú, Jbara Aït Goumbra, te condenamos a tres años de cárcel por prostitución ilegal.

Estoy recluida. En Taria. Me han privado de mis derechos. Nunca los he tenido, pero ahora es oficial. Somos veinticinco en la celda. Hay de todo: locas, mendigas, drogatas y tres o cuatro buenas mujeres. Me coloco en una esquina con las simpáticas. Empezamos a contarnos historias. Una vez en la mierda, la gente no tarda en hacer buenas migas.

Todas estamos aquí por lo mismo, pero nos andamos con rodeos. Nadie lo confiesa todo. No decimos, por ejemplo, que estamos aquí por putas. Hay incluso una que afirma ser virgen. ¡Mentira! En toda la celda, no hay ni una. Y si la hubiese, podríamos decir que la vida le ha dado bien por el culo, así que estamos en las mismas...

Mi amiga Latifa conocía un par de versos del Corán y, cuando los clientes escaseaban en Monte Casino, se hacía pasar por una devota. Repetía sin cesar:

—Reza por aquel que ha sido injusto contigo porque te ha hecho un favor. No

puedes comprenderlo todavía, pero te ha hecho un favor y se ha perjudicado a sí mismo.

De acuerdo, Alá, rezaré por el jeque. Voy a rezar con todas mis fuerzas, desde lo más hondo de mi alma. Voy a rezar hasta que no me queden fuerzas, día y noche, con toda mi alma... para que ese hijo de la gran puta muera de una enfermedad larga y dolorosa, para que se vacíe por el culo, para que se le infecten todos los pelos del cuerpo, para que contraiga un eczema purulento en la punta del rabo y sida en el corazón. Voy a rezar para que lo pase tan mal como yo. Da igual que no me haga sentir mejor, mientras él esté fatal. Alá, ¿cómo puedes esperar que seamos buenos y puros? ¿Nosotros, los débiles? ¿Cómo puedo rezar por aquel que me ha cagado encima a sabiendas de que necesitaba su pasta? ¿Cómo puede ser que con esa injusticia me estuviese haciendo un favor? Por más que busco, no... No encuentro nada sino un hedor a mierda indeleble sobre mi piel que se hace notar cada vez que las cosas van un poco mejor, que me obliga a vaciarme el frasco de perfume encima incluso recién salida de la ducha.

No, Alá, no puedo rezar por los que me han hecho daño. No lo haré porque, si lo hiciese, sabrías que estoy fingiendo. Y nunca en mi vida he fingido. ¿Qué sentido tendría, si Tú lo ves todo? A veces, me gustaría sufrir un accidente. No quiero morir, pero sí perder la memoria. Así olvidaría todo lo que me pesa, todo lo que no me deja nunca en paz, lo que me impide llenar mis pulmones de aire, lo que me impide reír mostrando todos mis dientes. No puedo seguirte en esto, Alá. Me es imposible rezar por ellos. Y, además, no tendría tiempo; son demasiado numerosos. Que se vayan a tomar por culo.

De hecho, Alá, creo que lo que más me duele es haberte infligido esto. Lo has visto todo, y solo pensarlo me produce náuseas. Cierro los ojos de vergüenza. Mi cuerpo ha tenido que superar muchas pruebas, y estoy preparada para afrontar las que vengan, pero esto... Esto me supera. Así que está decidido, jamás rezaré por Miloud, ni por mi padre, ni por Abdelkrim, ni por Brouno, el comercial de aspiradoras, ni por Mansour, el jeque, ni por los demás. Rezaré por mí. Y punto.

A tomar por culo la vida.

Han pasado dos meses. No he rezado desde entonces. Esta vez, Alá la paga conmigo. No porque esté en prisión, sino porque no supe verlo, ni oírlo, ni mucho menos escucharlo. He pasado demasiado tiempo mirándome el ombligo y no vi que un hombre estaba dispuesto a amarme. A amarme, sin más. Como Dios manda. Con amor y sentimientos. Y el dictamen de Dios no se hizo esperar; el castigo fue inmediato. Ocurrió la misma noche. Si no es una prueba de su existencia...

Perdóname, Alá.

Sé que estás disgustado conmigo y te pido perdón. Elegí y me equivoqué. Estoy en la cárcel. Hasta aquí todo lógico. Ni me acuerdo de la mirada de Abdelatif, solo de

sus hombreras demasiado grandes. Aquella noche ni siquiera lo consideré porque era pobre y yo quería un rico. Ahora no tengo ni al rico ni al pobre. Ni siquiera estoy segura de tenerme a mí misma. Cuando la nada llama al infinito, la línea siempre está ocupada. Alá, responde, te lo suplico.

Han pasado seis meses. He adelgazado. He envejecido. Estoy resabiada. Ya no hablo con Alá. Él no quiere. Quizás deba insistir un poco.

En la celda hay una loca. Se llama Zoubida. Es toda una camorrista. Es tan mala que me pone los pelos de punta. Siempre evito su mirada porque es capaz de darte una bofetada por menos. Esta noche, se planta frente al pequeño espejo del cagadero reventándose los granos. Tiene la cara cubierta por millones de pústulas bien generosas y listas para reventar. Luego enjuaga el espejo con la mano y empieza de nuevo. No acaba nunca.

—Oye, Zoubida. Si quieres, conozco un truco súper eficaz contra los granos de la cara. Es la leche.

—¿Qué?

—Coges un pimiento verde, lo cortas por la mitad y te lo restriegas por la cara antes de irte a dormir.

Primero me mira como si estuviese a punto de partirme la boca; pero acaba retomando su carnicería facial.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta mi amiga Bouchra.

—Lo oí en el programa de Mouhfida Ben Abess, en la radio. Se lo oí decir y funciona.

—¡Vaya!

Son las siete de la tarde. Al regresar del comedor, cada una toma asiento en su esquina y se pone a charlar. Para matar el tiempo antes de que llegue el momento de acostarnos, hablamos sobre lo que haremos cuando salgamos de aquí. Por supuesto, son nuestras ilusiones más disparatadas. Porque sabemos perfectamente que cuando salgamos de aquí, no pasará mucho tiempo hasta que regresemos. Yo solo quiero tranquilidad. Y ovejas. Nada de hombres. O tal vez sí, pero después de un tiempo. Porque...

—¡Aaahhahhahhaahhah! ¡Zorra! ¡Voy a matarte!

Es Zoubida. Unas chicas la sujetan. Parece que es a mí a quien se dirige. Tiene el rostro al rojo vivo, los ojos llenos de lágrimas y la nariz ensangrentada. Ups, habrá sufrido una reacción alérgica. Y no pinta muy bien. Las carceleras se apresuran hacia la celda y la reducen.

—¡Es culpa tuya, zorra!

—Pero, Zoubida, ¿es que te restregaste los ojos?

—¿Acaso me dijiste que no lo hiciese, so puta?

Zoubida está más calmada pero no deja de lanzarme amenazas desde lejos. Se

anda con cuidado porque las carceleras están pendientes. A veces nos golpean. Yo permanezco junto a mis amigas y cotorreamos en voz baja.

—Joder, menos mal que no se ha restregado el culo...

Y con eso, estallamos en carcajadas. Creo que fue lo que más enfureció a Zoubida.

Al día siguiente, nos toca jornada de faena. Estoy cepillando los cagaderos. Mi amiga Bouchra se encarga de las duchas. Alguien me da un golpecito en el hombro; me doy la vuelta.

No sé lo que sucedió a continuación. Descanso en una camilla de la enfermería de la cárcel. Me ha destrozado. Dice que no debería haberme reído de ella. La muy puta me ha roto dos dientes. Se acabó Sherezade. Aprovecho mi estado para probar suerte con una oración. Me digo que Alá se apiadará de mí, que hoy me responderá. Te he echado de menos, Alá. Como podrás ver, estoy en la cárcel y he perdido dos dientes. Aparte de eso, nada especial. Aquí estoy y ya veremos qué sucede mañana.

Buenas noches, Alá.

Tan solo dos años y medio más. Nada que señalar. El aislamiento, la locura, la mierda... Es aquí donde una aprende que no tiene nada que perder. Algunas retoman el camino de la fe, otras se extravían para siempre.

Tafafilt no estaba tan mal. Pero solo ahora me doy cuenta.

La cárcel me ha acercado a los animales. Siempre había gatos en el patio. Flacos como modelos de pasarela. Y también maltratados. En mi país no sentimos aprecio por los animales. Siempre que uno anda cerca, lo espantamos con un «¡zape!» y una buena patada en el culo. Yo solía hacer lo mismo, menos lo de la patada. En el patio de la cárcel daba agua y pedacitos de pan a los gatos y sus camadas. A veces, les daba leche y cuando no tenía nada, solo caricias. Los gatos me apaciguaron. También estaba esa chica que nos contaba cosas sobre el profeta, la paz sea con él, y sobre la religión. Sabía leer y escribir, y conocía muchas historias. Una vez me contó una magnífica: la de una prostituta, en la época del profeta, la paz sea con él, que regresaba de su trabajo y se encontró con un perro que yacía moribundo en la acera. Con el dinero que había ganado, fue a comprar agua y carne para alimentar al perro y este se recuperó...

Entonces, Moisés o Abraham, no recuerdo quién de los dos, preguntó a Alá que sería de esta prostituta. Él respondió que siempre tendría abiertas las puertas del paraíso porque esta buena acción era la prueba de que tenía un corazón puro.

Les juro que ya me ocupaba de los gatos antes de conocer esta historia. No sabía si era cierta o no, pero el caso es que me gustaba y me inspiraba. También me reconfortaba. Puede que les parezca una estupidez, pero me aferré a ella como un bebé al pecho de su madre. Y sobre todo, Alá, si tales palabras salieron de tu boca, me digo que no está todo perdido, que solo los tontos lo pierden todo. Tontos porque piensan que soy la encarnación del mal y que nunca me ganaré el paraíso por dar leche a un gato sediento. Pese a todo, no tardé en desistir de mi lucha a favor de los gatos porque en mi país es una batalla perdida. Así que concentré mis esfuerzos en un solo minino. Lo llamé «*l'mach*» que en árabe quiere decir «gato»...

He envejecido al menos diez años. Aparento unos treinta y tres. Y, sin embargo, no tengo más que veintitrés. Vuelvo a llamarme Jbara. ¿Habéis visto alguna vez a una Sherezade sin dientes? Yo tampoco. Mientras que para Jbara tener dientes todavía es casi un lujo.

Estoy tan desesperada que no puedo evitar sonreír. Me siento tan perdida que no puedo evitar sonreír. Me cuesta tanto llorar que no puedo evitar sonreír. ¿Adónde ir? ¿A derecha o a izquierda? Delante de mí se alza un muro. Elijo la derecha. No se lo van a creer, pero acabo en una estación. La estación de autobuses. Juro que no lo sabía. Es una señal.

¿Quién me mandará esta señal? El ayuntamiento, ¿quién si no?, ha hecho construir la estación de autobuses de Taria a la derecha de la prisión.

Tengo que dejar de ver señales de Alá a cada paso que doy. Porque de lo

contrario, me confío y no hago sino analizar mi vida en lugar de vivirla. De todas formas, no iba a quedarme en Taria, es una ciudad feísima.

Me devolvieron mi maleta y 200 dinares. Qué raro. No es mucho dinero. Según dicen, no encontraron nada más en mi cuartucho. En realidad, tenía al menos cien veces más que eso. Cojo el autobús que va a Kablat. No sé por qué he elegido ese destino pero, dado que nadie me espera en ningún sitio, a algún lugar tendré que ir. No me alcanza para pagar el billete. Tendré que bajarme en Erchidia. Ya se me ocurrirá algo.

Hacemos una parada de quince minutos. Los pasajeros se encaminan hacia la cafetería. A mí me toca apearme aquí. En el infierno. Este pueblo es horrible, no hay nada. Me acerco al autobusero y le pregunto si puede llevarme hasta Kablat. Me dice que no. Le hago una señal. Él me contesta «¿dónde?». «Detrás de aquellos cubos de basura», respondo. Se pone cachondo. Yo no. Nos encontramos detrás de aquellos cubos de basura. Yo llego antes; ya me he levantado la chilaba y bajado las bragas. Ya puedo oírlo acercarse a unos veinte metros de distancia: resopla como un animal. Me dedico a mordisquear la piel que queda alrededor de las uñas mientras él me penetra.

Sigue cabalgándome cuando un burro se nos acerca. Se coloca justo delante de mí y observa cómo el otro me está follando. No había previsto algo así. Es la primera vez que un burro me observa. Y miren que he hecho un montón de guarradas, con espectadores incluidos. Pero este bicho me está poniendo incómoda con su mirada enternecedora. No ha elegido el momento más oportuno. Le digo que se largue; no se inmuta. Me atraviesa con la mirada. El otro sigue dándome sin enterarse de nada. El que debía ser el polvo más rápido de mi historia acaba siendo el más largo y aterrador. Que un burro observe como te están tomando es horrible. Inténtenlo alguna vez. Ya verán, es insoportable.

Me apeo en la estación de autobuses de Kablat. Todas las estaciones de autobuses del país se parecen: todas dan ganas de reemprender la marcha cuanto antes. Tengo hambre. Alá, iré a comer a tu casa, a la mezquita. Estamos a viernes, habrá un montón de comida. Y seguro que también cuscús.

No debería conservar esta maleta. De todos modos, ya no adoro a Dior. La dejo en la acera. No me van las despedidas. Que sea rápido. Lo mismo que con mi bebé. Los perros la despedazarán. O puede que otra niña acabe adorando a Dior. En esta vida solo se puede adorar a Dios. Adorar a Dior es *haram*.

Entro en la mezquita. Una mujer se me echa encima porque un mechón de pelo asoma bajo el pañuelo. Me dice que es *haram* y tira de mi pañuelo hacia abajo. Cago en la puta, si estuviésemos en la calle, ya le habría partido la cara. Pero estamos en tu casa; debo tener respeto. No iré a comer todavía; no estaría mal que rezase mis oraciones.

Aprovecharé para hacer mis abluciones como es debido y quitarme algo de roña.

He olvidado cómo se hace pero me fijaré en los demás. Me arrodillaré y moveré los labios.

Ya está, aquí me encuentro rezando entre todas estas devotas aunque no me identifique con ninguna de ellas. Oye, quién sabe, a lo mejor hay otra puta que viene a rezar sus oraciones. Puede que sea aquella vieja de la esquina. O puede que todas hayan hecho la calle alguna vez y acudan ahora a implorar tu perdón. ¿Qué garantía ofrece este pañuelo? Ninguna. ¿Por qué he de ser la única?

Pensaba que sería más duro. En realidad, mi cuerpo lleva a cabo las oraciones de memoria. Mi cuerpo ha sido mancillado, pero no mi memoria. Qué buena noticia. Encuentro un retazo de Tafafilt, cuando rezaba detrás de mi madre y sus apestosas escudillas, y te pedía que sucediese algo en mi vida. Todo vuelve con naturalidad, como si estas oraciones recitadas sin descanso los dieciséis primeros años de mi vida estuviesen grabadas en mi código genético. Como si, a pesar de mis malas acciones, me unieran a Ti para toda la eternidad. Como si nada pudiese separarme de Ti, Alá, ni siquiera mi antiguo oficio. Bueno, mi oficio de hasta hace un rato...

Me prosterno al mismo tiempo que las demás, me endezco, me arrodillo, recito al unísono. Nadie podría pensar que... Soy una de ellas en este instante. Se agradece poder sentir de vez en cuando que eres como los demás. Es tranquilizador, al menos.

Acabamos las oraciones. Qué alivio hablar en plural. El imán inicia la prédica; me muero de hambre. Hoy habla de las mujeres y de sus deberes para con sus maridos, hermanos, hijos, primos, sobrinos, padres, abuelos, bisabuelos, nietos, biznietos, cuñados, yernos, primos segundos, primos lejanos... Sin embargo, también explica que sin la bendición de sus madres, los hijos, es decir, los hombres, no conocerán ni la felicidad mundana ni el paraíso celestial. Uf, menos mal que pintamos algo en esta historia. Lo que pasa es que hay que ser madre... Y yo solo soy mujer... Me apresuro a olvidar.

—Decidles a vuestras esposas que han de llevar un velo que llegue a cubrirles el pecho...

Entonces, ¿a qué viene esa manía por cubrirse el cabello? Y, otra cosa, Alá, ¿por qué no te diriges directamente a mí? ¿Por qué dices: «decidles a vuestras esposas»? ¿Por qué no me dices: «para ser una mujer de bien tienes que vestirte con decencia»? Me gusta que se dirijan a mí. ¿Por qué necesitamos las mujeres un intermediario, alguien que nos diga cómo hemos de vestirnos, comportarnos o crecer?

—Las mujeres virtuosas son obedientes y sumisas con sus maridos...

Alá, te hace gracia, ¿verdad? Lo sé. A mí también. Aquí hay algo que no me encaja, algo en lo que no me atrevo a pensar, algo que beneficia a todos los hombres de la tierra pero que no me conviene a mí como mujer.

Obediente y sumisa, sí. Pero contigo. Contigo y nadie más.

Miro a mi alrededor. Espero encontrar más sonrisas o muecas o miradas ceñudas,

pero no. Ninguna sonríe. Ninguna frunce el ceño. No han debido de oír lo mismo que yo. Supongo que estarán pensando en sus recados o en sus hijos que no comen carne desde hace demasiado tiempo. Debe de ser eso. Es la única explicación.

 Co o, qué hambre tengo!

En realidad s e que los hombres tienen miedo de las mujeres y, por esa misma razón, las obligan a llevar velos. Para no verlas. Para imaginarlas solamente. Para fantasear con ellas. Para dibujarlas. Oh, sí, a los hombres les encanta dibujarnos. Representarnos. Pero no ver lo que en realidad somos.

En la villa del jeque, en Masmara, había un montón de cuadros colgando de las paredes. Siempre representaban lo mismo: mujeres tendidas, ( las gandulas!); a menudo, desnudas, ( zorras!); en posturas lascivas, ( dejadas!); y, por supuesto, con una mirada p cara, ( putas!). En las tiendas de Masmara, a mis clientes de Froncia les volvía locos este tipo de pinturas. Regateaban hasta el último dinar para llevarse uno de esos cuadros consigo, de vuelta a sus grises suburbios. Los colgar an en su triste pisito de una habitación al que la bella árabe del cuadro, algo asilvestrada, daría un toque de color.

 Por qué nadie ha pintado jams  a una miserable, de rodillas, con una polla en la boca y dinero en la mano? Esa es mi realidad. Al menos, lo ha sido hasta ahora. Ya no quiero seguir haciéndolo. A partir de ahora, saldr  adelante de otro modo. Tengo ganas de aprender a leer. A escribir. Y así los carteles que veo en la calle dejarán de ser meras formas para mí, así el periódico será algo más que fotos para mí, y así no necesitará que nadie me cuente mi Santo Corán, Al .

Voy a la cocina junto a los demás pobres. Como había imaginado, hay cuscús; no podía ser de otra forma, un viernes en una mezquita. Sigo siendo algo bonita, por lo menos cuando tengo la boca cerrada, de modo que apenas la abro. No es que haya venido aquí a ligar, pero supongo que me ha quedado ese lado coqueto de mi época dorada. El olor a grasa de cordero me recuerda a Tafafilt. Mi padre tiene que odiarme. No ha recibido noticias m as desde hace tres años, ni tampoco un dinar. Me parece que no había acabado de pagar el generador para su antena parabólica. Mejor así. Lo que está claro es que el pelo del culo del *fkih* me ha gafado. Espero que ese ya ande por el otro barrio.

La puerta de la cocina se abre. Varios hombres rodean al imán. Le da un toque solemne a la escena, como cuando los jeques entraron en la discoteca. Todos los pobres se ponen en pie. El hombre que ha dirigido la oración se acerca a saludarlos y les dice que, si Dios quiere, todo les irá bien. ¿Ves? Incluso él te culpa. Las cosas no irán mejor para ninguno de nosotros, y otra vez Tú serás el culpable de ello. ¡Cómo odio esas cosas! En serio, me saca de quicio. Sé que siempre has estado a mi lado; lo demás es asunto mío. He tenido momentos felices y momentos desgraciados, pero no entiendo por qué has de tener algo que ver con cada uno de ellos. Son mis momentos. Unas veces, me guiaste por el camino; otras, dejaste que fuera yo quien lo descubriera. En ciertas ocasiones, corregiste mis errores; en otras, dejaste que me equivocara. De mis penas, de mis alegrías... Es así como he aprendido. Tú no tienes nada que ver con ellas, pero estabas ahí para escucharme y no me fallaste.

Cuando pienso en Ti, mi primera sensación es la de un amor infinito. Nada de temor. Nada de miedo. En realidad, lo único que temo es decepcionarte. Eso sí que me da miedo. Ya lo he hecho y probablemente vuelva a hacerlo. Pero intentaré no decepcionarte; intentaré mejorar, Alá. Contigo a mi lado, no me siento tan sola. Y para una chica como yo, eso es algo muy importante. Sé que a veces me he desviado del camino. Pero insisto, no he perjudicado a nadie más que a mí misma. Jamás te he ofendido ni he blasfemado. De ahí que me sienta tranquila. No tiene sentido amar por temor. Los hombres te quieren porque te temen, se andan con cuidado porque el infierno les acojona. Yo te quiero porque quererte me hace feliz. Porque me tranquilizas cuando estoy perdida en las tinieblas. Y no pocas veces mi vida está sumida en las tinieblas. No pocas veces lo está mi interior.

El imán me observa. Bajo la mirada. Pronuncia una bendición, algo así como:

—Comed el pan de Dios en su casa; Él os abrirá las puertas del paraíso, si no os perdéis en el monte del pecado...

En fin, algo parecido. Mientras habla no aparta la mirada de mí ni un segundo. De mí. Luce una larga barba teñida de henna, un párpado algo caído y una mandíbula tan cuadrada que me recuerda a un cajón. Debe de tener unos 60 años. Más o menos. Sus rasgos quedan ocultos tras la barba. Qué más me da, yo solo quiero terminar el cuscús que se está enfriando.

Mojo un trozo de pan en la salsa. Los pobres lo acompañamos todo con pan, incluso las patatas o los plátanos. Me gustaría tomar un poco más, pero no me atrevo a pedirlo. No debo de ser suficientemente pobre como para atreverme. Una mujer se me acerca y me pregunta cómo me llamo. Todo ocurre muy rápido, no sé qué contestar. «Khadija», respondo. Jbara es un nombre feo, y Sherezade es nombre de

puta. Khadija era la mujer del profeta, la paz sea con él. Eso es. Sí, me llamo Khadija. Nunca me faltan ideas para desafiar a la miseria. Jamás dejaré que me subyugue. La miseria es una zorra que se aferra a mí sin ni siquiera consultarme, que se ríe de mí cuando estoy por los suelos. Sin ser invitada, se cuelga en casa de cualquiera por la puerta de atrás. ¡Ya está bien! A partir de ahora, y dado que mi cuerpo se ha quedado corto de argumentos, será mi mente la que se encargue de hacerle frente.

Hoy me caso. El imán solo tiene dos mujeres y se ha enamorado de mis ojos verdes. Además, está haciendo una buena acción. El único problema es que no soy virgen, y su madre quiere ver las sábanas. Ella tiene por lo menos 200 años. Es malvada. Una cabrona. Las suegras de mi país son de la peor especie. No me pondrá las cosas fáciles. Tendré que apartarla del camino antes de que me amargue la existencia. Me toma por su criada y eso que ni siquiera es rica.

Las suegras de aquí quieren esclavas para sus hijitos que han criado como a pequeños reyes. Y, sobre todo, pretenden pagar con nosotras, las nueras, lo canutas que se las hicieron pasar sus propias suegras. Educan a sus hijos como machos y a sus hijas como chachas. Si sus maridos les sueltan un bofetón, por algo será. La culpa es siempre de las mujeres. Es un círculo vicioso. Se va a cagar la vieja. Yo no soy ninguna criada, soy una puta. Se va a enterar.

Bueno, ha llegado la hora, debo acostarme con mi marido. Estoy en el aseo. Me hago un corte en el antebrazo, vierto la sangre en un saquito de plástico y me pongo una tiritita. Estoy a punto de recuperar mi virginidad.

Entro en la habitación, el inmundo de mi marido aguarda bajo las sábanas, y la imbécil de mi suegra nos observa por una esquina de la ventana. Creerá que no me he dado cuenta. Le doy con las persianas en toda la cara; espero haberle partido la nariz. Finjo estar algo avergonzada; me tomo mi tiempo para desnudarme, como si no estuviese acostumbrada y también respiro ruidosamente. Él me acaricia la cabeza para calmarme.

Está funcionando. Se empalma. Estoy a punto de hacer una barbaridad, pero tengo un instante de lucidez y me detengo a tiempo: iba a empaparme el coño de saliva, y se supone que no sé cómo funciona esto. Llevo el saquito en la mano y lo presiono con fuerza en el momento de la penetración. Está bien, soy virgen. Ahora tengo un techo bajo el que dormir. Se acabó, mi marido se viste de nuevo. Yo también. Su madre llama a la puerta para recuperar la sábana con la mancha de sangre y, hecho esto, se pone a soltar ruidosos «yiyis» por toda la casa junto a sus amigas. Zorras vosotras también.

—¡Yiyiyiyiyi!

Con esta boda se terminan mis días de descanso. Mañana me quedaré en la cocina con ella. No aguantaré mucho tiempo en estas condiciones. Aunque el invierno es duro en esta zona, y no tengo ropa caliente. Ella siempre lleva una llave atada al

cinturón. Es la llave de los armarios. Lo esconde todo, desde el azúcar a la vajilla pasando por los dátiles y los pañuelos. De ella depende todo en esta casa, yo inclusive. Guarda billetes en su sujetador, en sus calcetines e incluso en sus bragas. Lo vigila todo, se mete en todo, reza solo cuando su hijo está presente y se sirve en la caja de los *sadakka*^[26] que ella misma organiza todos los fines de semana. Pero como yo también lo hago, no digo nada. Es una auténtica actriz que llora y se desmaya cada vez que la situación lo requiere. Se flagela como hacen esos locos de Dios en la tele y se lamenta de su pobre vida de suegra desdichada. Y su hijo querido, el niño de sus ojos, la consuela, y todos hacen según dispone.

Ya va siendo hora de que la palme. Alá, siento hablar de este modo, pero es insoportable y malvada. ¿Has visto cómo se ceba conmigo? ¿Y cómo me insulta también? Delante de su hijo o de los invitados finge ser una pobre anciana, pero cuando estamos en la cocina, ella es la única puta. Tiene corazón de puta. Yo nada más que el culo.

¿Cómo pueden los hombres querer tanto a sus madres y tan poco a sus mujeres? A menudo dicen: «todas putas excepto mi madre». Pero los muy imbéciles olvidan que sus madres, antes de madres, fueron mujeres. O sea, putas, según ellos mismos... En fin, el caso es que mi suegra lo es, no me cabe duda. Esa fue puta de joven, sabe demasiado bien cómo funciona yo.

Y para colmo, no me deja asistir a las clases de escritura y lectura. Se ha enterado de que en el aula contigua a la mía, enseña un hombre. Ha puesto el grito en el cielo delante de su hijito. Se trata de una buena asociación y mi marido estuvo de acuerdo desde el principio. Pero la muy puta no deja de cotillear y va diciendo que hablo con desconocidos en general y con ese profesor en particular. Qué disparate. Bueno, lo cierto es que le hablo. Tengo preguntas que hacerle, como por ejemplo si cuando a la «A» le sigue una «C» se pronuncia «ak» o «az». Cosas por el estilo. O, ¿qué se dice: «Selwa oye la radio» o «Selwa escucha la radio»?

Es un hombre muy amable. Se llama Boualem y se emplea a fondo para que su asociación crezca. Posee una paciencia infinita. No me avergüenza mi ignorancia cuando estoy con él. Vale, es cierto, no he dicho a mi marido que la profesora es en realidad un profesor. De lo contrario, nunca habría dejado que volviera a clase. ¿Por qué? ¡Si no hay nada malo en ello, joder! Y, aun así, he tenido que dejar las clases. Total, que mi marido me ha pedido que cuide de su pobre madre. Aunque me ha prometido que cuando pase un tiempo, podré retomar los estudios.

Mientras llega ese día y sin que nadie sepa nada, Boualem viene a verme a escondidas tres veces a la semana; practicamos lectura y escritura durante sesiones de quince minutos y me deja deberes para hacer en casa. Nos sentamos detrás de un pequeño muro de cemento que queda en la esquina de la calle de Inezguane. No me quito el velo por si tuviera que salir del escondrijo deprisa y corriendo... Él me

felicita por la voluntad que demuestro y, siempre que nos vemos, me tranquiliza diciendo que no hago nada malo. Incluso me proporciona excusas muy inteligentes que dar a mi suegra para justificar el retraso. Llevo meses así, leyendo una y otra vez el alfabeto, uniendo letras. Y a veces funciona, se forman palabras.

Un día me dijo que en un *hazid*^[27] del profeta, la paz sea con él, se podía leer: «la búsqueda del saber vale una vida entera de oraciones». Aquellas palabras me infundieron mucha paz. Y me reafirmó en la idea de que mi suegra no es más que una vieja arpía que pretende buscar mierda donde no hay más que unas ganas terribles de aprender. Y puesto que es muy astuta, sigo hablando como una palurda delante de ella. De no hacerlo, se olería algo... Pero yo sé que estoy avanzando y que mi horizonte se ensancha. A veces, la idea me tranquiliza y, otras, me infunde más rabia que nunca. Con las palabras, veo con más claridad.

Debo decir que Boualem me ha reconciliado un poco con los hombres. Me recuerda a Abdelatif y, en ciertas ocasiones, a mi marido. Solo en muy contadas ocasiones. Tiene una mujer adorable. Se llama Faïza y se ocupa de las niñas-madre de la asociación. Les enseña a leer, a escribir, a coser, a bordar, a cocinar. Y a cuidar de sus bebés. Si hubiese sabido que existen asociaciones como esta, jamás habría hecho lo que hice. Lo sabes, Alá. Habría sido una niña-madre en un país donde una puede ser una cosa o la otra, pero jamás ambas a la vez. Si no, es *haram*. A muerte.

Ha pasado un año. Y la vieja sigue vivita y coleando. Sin embargo, ha envejecido mucho, come como una lima y, a veces, mea sangre. Té a la menta, pastelitos, dátiles... ¿No podría tener diabetes o algo parecido? O caer por la escalera y romperse la crisma. Sufrir un infarto cerebral. Te estoy dando ideas, por si acaso... Me está amargando la vida, Alá. ¿Qué debemos hacer ante semejantes obstáculos? ¿Tan grave es desear la muerte de alguien que me impide vivir?

Ahora me pega, me insulta, me mete en problemas con todo el mundo. No puedo soportarlo. No pasa un solo día sin que me eche a llorar. Esa mujer tiene que desaparecer de mi vida y solo Tú puedes hacer que muera. ¿Por qué no adelantas un poco su hora? ¿Es *haram* decir algo así? ¿O más bien *hchouma*^[28]? Ya no sé distinguir lo que es *haram* de lo que no. Ya no sabría diferenciar el pecado de lo vergonzoso. Es más, dudo de si alguna vez he comprendido realmente lo que quiere decir esa palabra, ese *haram*. Lo que para unos es *haram* no tiene que serlo para otros. ¿A qué debo atenerme, Alá? Qué culpa tengo yo si hacer la calle nunca me ha parecido *haram*. Como mucho, *hchouma*. Lo mismo me pasa con lo de desear la muerte de mi suegra. Quiero silencio, Alá. Quiero mis ovejas, Alá. Quiero paz, Alá. Por favor, concédeme uno de los tres. Te lo suplico, Alá. Ya no puedo más.

Ha pasado otro año, y no he tenido ni paz, ni silencio, ni ovejas. Y, sin embargo, he estado atenta a la más mínima señal. Todavía no he retomado las clases, aunque continuo estudiando a escondidas. Mi suegra me está matando. Si esta mujer va al paraíso, yo iré de cabeza al infierno. Por primera vez en mi vida, me rindo. Rezo mis oraciones como es debido, Alá, pero recitándolas. Eso es lo que más me duele: no hablar contigo sino recitar. Ella me ha chupado la energía y se ha llevado mis pocas esperanzas. Ya ni siquiera deseo su muerte, tan solo que cierre la boca, que no me hable, que no me mire más.

Esta noche vienen invitados a cenar. No he cocinado porque tengo la regla. Y tampoco he servido la comida porque en estos momentos soy impura. Eso es lo que dicen ellos: impura. Me gustaría decir a esos gilipollas que una mujer no es jamás impura, que todos han salido de nuestras vaginas y que, gracias a esta sangre, están aquí para soltar todas esas tonterías en nombre de Dios. Estoy aislada en una habitación aparte porque tengo la regla. Es el colmo. La próxima vez se la meteré en la comida. Chitón.

Mi marido se deja caer por aquí de vez en cuando para preguntarme si me encuentro bien, si no estoy demasiado cansada, si no tengo ganas de vomitar. En fin, es un detalle... Pero, ser impura una semana al mes es un poco demasiado. Si yo no

he pedido nada. Lo peor es que tampoco tengo derecho a rezar cuando soy impura. ¿Qué se han creído? Me da igual, nadie impedirá que hable contigo, Alá, sea cuál sea mi estado. Ya pueden esperar sentados esos imbéciles.

Es increíble, Alá. Esta mañana, mi suegra ha sufrido un infarto. Tiene paralizado el lado izquierdo. No puede hablar, ni moverse, ni hacer nada por sí sola. Por fin disfrutaré de la paz y el silencio. Dos de tres, ¡menudo chollo! Y por fin podré regresar a la asociación. Seguro que te caigo bien. Gracias, Alá.

Creo en Ti. Y aun más cuando siento que Tú también crees en mí. Y has sido el único.

Desde que mi suegra está fuera de combate, veo con otros ojos a mi marido. No es que él esté más presente que antes; soy yo la que no está tan ciega. Y sé que no es un mal marido. Dice muchas gilipolleces, está un poco demasiado pendiente de mí, pero jamás me ha levantado la mano. Y, a menudo, me habla con dulzura. Desde el accidente, a veces pasa por la cocina y me dice:

—Hum, qué bien huele.

Es extraño viniendo de él. Antes pasaba de largo, iba derechito a rezar o a mirar el canal coránico. Incluso me pide mi opinión sobre ciertas cosas y, cuando no está demasiado cansado, me cuenta cómo le ha ido el día. No es malo, solo un poco estúpido en lo que atañe a la religión. Por ejemplo, nunca estrecha la mano a una mujer. Dice que hay que poner en práctica las grandes lecciones del profeta Mahoma, la paz sea con él. Y a mí me entran ganas de contestarle que más le valdría preocuparse por los pequeños detalles.

En la cárcel, teníamos un libro que hacíamos circular clandestinamente; se llamaba *El profeta y las mujeres*. Me caí de culo. Yo no sabía leer y tampoco ninguna de mis compañeras pero, por suerte, había una chica que sí había asistido al colegio y fue ella quien nos contó que el profeta, la paz sea con él, era muy generoso y respetuoso para con las mujeres. Esas historias fueron un auténtico consuelo en aquella época.

La que más me gustaba era aquella que contaba como un día, el profeta, la paz sea con él, permaneció durante veintisiete días y veintisiete noches en el interior de una jaima junto a una de sus mujeres, María, la copta. Ahí permanecieron para disfrutar el uno del otro, para darse placer y para amarse. No daba crédito. Me entraron ganas de llorar. La historia también contaba que había tres cosas que el profeta amaba por encima de todo: «las mujeres, el perfume y la oración». Nombró en primer lugar a las mujeres y en último lugar a la oración. Esa vez, sí me eché a llorar. De felicidad. Quizás algún día me atreva a recordarle todo esto a mi marido. Pero no adelantemos acontecimientos.

Esta noche hago algo que no he hecho en dos años de matrimonio. Estoy en la cama con mi marido, le agarró la pililla y jugueteo con ella. Él se sorprende porque

normalmente me penetra y se duerme después. Pero ahora la retuerzo en todas direcciones, la acaricio y la estrecho entre mis manos. Doy placer a mi marido. Así de sencillo.

Desde el accidente también me llevo mejor con sus otras dos mujeres. Lo que demuestra que muerto el perro, se acabó la rabia.

¿Por qué no apreciar lo que tengo en este momento? ¿Ser amable con mi marido? Quizás sea ese el mensaje que me manda Alá: que me contente con lo que tengo. Que lo aprecie también. Que diga «*al hamdoulilah*^[29]» incluso si aún no me siento llena del todo. Empezaré por querer a mi marido. Creo que él me corresponderá. También cuidaré de la casa y de la familia. Eso es lo que he decidido hacer. Dejaré de desear lo que no tengo; apreciaré las cosas que se encuentran a mi alcance. Tal vez sea feliz así.

Y así es, en estos momentos, soy feliz. Además mi marido me ha regalado los dos dientes que me faltaban y ahora estoy más guapa. Ya les dije que él me correspondía.

Gracias, esposo mío.

Jamás lo hubiese creído posible, pero nuestra relación gana en complicidad conforme pasan los días. A veces, me pide consejo y mis respuestas suelen hacerle reír de corazón. Dice que soy algo alocada y que es una cualidad que le hace sentir rejuvenecido. Y no duda en volver a pedirme consejo, pese a que todo deba quedar entre nosotros, por el cargo que ocupa. Y yo me sincero cada vez más con él. Le digo lo que pienso de verdad. Sin tapujos. Pero siempre con respeto. No he de olvidar que se trata del muy respetado imán de Sidi Barzouk.

Aquí es donde vivo, en Sidi Barzouk. Es el barrio más pobre de Kablat. Vivo en la casa más decente de todo el barrio; tengo mucha suerte. Las demás casas son antiguas cuadras infestadas de ratas y cucarachas. En nuestra casa también se las ve, pero solo de vez en cuando. Las mujeres se ocupan mal que bien de sus niños y escudillas. Con sus Mike^[30] de plástico, nuestros jóvenes se apostan contra las paredes, como para que no se derrumben; llevan camisetas Lakoste^[31] pero ni a sus cocodrilos se les levanta: sus colas apuntan hacia abajo.

No hay esperanza en nuestras calles huérfanas de aceras. En este laberinto sin salida no hay más que ratas. Y a veces, policía. Asisto al mismo espectáculo desolador todos los días cuando voy a la tienda a hacer la compra. Yo, la mujer del imán. A quien ofrecen fruta y a quien fían. Odio llevar velo, pero bajo él puedo llorar con total libertad. Llorar por esta miseria a la que escapo por los pelos pero con la que, pese a todo, sigo flirteando. Llorar por la juventud a la que yo misma pertenecería de no ser porque el destino me tenía reservado otros planes. Llorar por esas miradas vacías que nada esperan, salvo quizás que un día lleguen ustedes a ponerse en su pellejo y comprendan por fin lo insufrible de sus existencias. Que comprendan por fin que hay que hacer algo... Inténtenlo. Aunque solo sea por un minuto. ¿No lo consiguen? Inténtenlo de nuevo. Yo les ayudaré: ya saben lo molesto

que es esperar un autobús que lleva retraso; pues imagínense que esta espera dura toda una vida. ¿Siguen sin conseguirlo? Pues a nosotros no nos resulta nada difícil imaginar cómo son sus vidas. No nos cuesta nada, les doy mi palabra.

Erradiquen las ratas, erradiquen los barrios de chabolas y verán como las barbas integristas serán cada vez más cortas. ¡Qué injusto! ¡Ustedes siempre empiezan la casa por el tejado!

Estoy indignada, Alá. No consigo disfrutar de esta frágil felicidad entre tanta desolación. El velo no me impide ver. Ojala sirviera precisamente para eso... Pero no. Estoy enfadada con los demás, con aquellos con los que me he codeado, con los blancos y los ricos que han dejado su huella en mí. ¿Simplista, dicen? ¡Qué les follen a todos! Ándense con cuidado cuando vengán aquí para cambiar de aires, a un país que compren por un puñado de sémola. Estaremos aquí, nosotros, los microbios, para servirles un solomillo sanguinolento. Por lo visto, a los ricos les chifla la carne poca hecha. Pues se la serviremos como es debido. La vida es sagrada en su tierra; y la muerte en la nuestra. Fracasamos al llegar, así que nos preocupamos mucho por nuestra partida.

Alá, ¿qué me ha dado para hablar de este modo? He salido a comprar apio y he acabado apuntándome a la lista de los que se prestan voluntarios para emprender el gran viaje. ¿He perdido la cabeza o qué? Dios mío, todo ha ido muy rápido, no he tenido tiempo de verlo venir.

—¡Tres ramas de apio, por favor!

Y lo peor es que no soy de esas personas que quieren morir. Ni mucho menos de las que piensan que asesinar a los demás les hará la vida más sencilla. Aunque admito que a veces es tentador. Y Tú sabes bien, que soy propensa a ceder a la tentación. Siempre he reflexionado primero con el cuerpo y después con la mente y, sin embargo, he logrado salir adelante. Ahora no voy a tirarlo todo por la borda.

Tengo otra pregunta que hacerte, Alá. Bueno, no va dirigida a Ti, sino a los que aquí se reconozcan. De convertirme en mártir, ¿dispondría también de setenta y dos virgos con el rabo a estrenar cuando aterrice en el paraíso?

Solo lo pregunto por curiosidad. Nada importante. ¿Qué? ¿Que ustedes tampoco lo saben? ¿Que no hay nada escrito acerca de ello? Cachis...

—Dos manojos de *kasbour*^[32]. Y un Raïbi Jamila.

¡Joder! ¡Este velo me está volviendo loca! Se me enreda en las piernas a cada paso que doy. Y encima estos guantes negros que no me ayudan a la hora de sacar el dinero del monedero. Ya llevo más de dos años cubierta de negro de pies a cabeza, y empiezo a estar harta. Sí, mi marido es el imán. Al principio no pensaba quedarme aquí tanto tiempo. Lo que pasa es que poco a poco fui enamorándome de él y ahora soy prisionera de este velo.

Esto ha durado demasiado. Se acabó. Voy a decirle que he decidido quitármelo. Y punto. Me querrá matar, aunque tengo preparados unos buenos argumentos, y él suele escuchar cuando hablo. Puede que no me lo quite entero, pero al menos he de poder destapar manos y cara. ¿Cómo he podido aceptar llevar este disfraz tanto tiempo? ¡Yo, Jbara Aït Goumbra! ¡Yo, Sherezade del Monte Casino! ¡Yo, Khadija cuyo nombre está tan lleno de promesas...!

Dicen que para que el hombre no tenga pensamientos impuros, las mujeres deben ocultar sus atuendos. Así está escrito y no parece molestarle a nadie: es él quien tiene los pensamientos impuros, pero soy yo quien debe ocultarse bajo un velo. ¡No tiene el menor sentido! ¿Con qué derecho he de convertirme en la rehén de un hombre que no sabe controlar sus impulsos? Al hombre le toca educarse, no ocultarme a mí. Y si no quiere aprender, tengo un consejo que darle: una ducha fría. No veo otra solución para cortar de raíz sus pensamientos impuros, señores. ¡Pero a mí, déjenme tranquila, a mí y a mis vestimentas, a mí y a mi pelo, a mí y a mi castidad! Si unos tobillos se la ponen dura, será mejor que vaya buscando ayuda.

Yo no. Usted.

Por trastornos agudos de picha.

¡Esa pilila es un auténtico castigo divino!

Alá, llevo un velo sobre el corazón. Soy tu sirviente eterna y te estaré agradecida de por vida porque gracias a Ti, mi vida tiene sentido. Un sentido que no había previsto, un sentido con el que ni siquiera soñaba cuando me moría en Tafafilt. Has sido mi aliado más fiel durante estos años grises.

Gracias, Alá.

—¡Khadija! ¡Khadija! ¡Corre!

Entro corriendo en casa, corro mi cortina para descubrir a mi marido tirado en el suelo con los ojos cerrados. Ha sufrido un infarto. Aplazaré unos días mi petición. He de ocuparme de él. Estoy conmocionada.

Mi marido guarda cama, se encuentra muy débil pero todavía puede hablar. No puedo creer que quizás se despida de este mundo antes que su madre. Sería el colmo.

Reclama mi presencia más que la de las otras dos. A ellas no les importa; así

disponen de más tiempo para bordar.

Le doy de comer y lo aseo como si fuese un bebé. Pero lo que más me pide son canciones. Y no tienen por qué ser versos coránicos. Solo que mi aliento le acaricie los oídos. Sus oídos que han sido colmados de versos y suras, de hadices y sunnas reclaman ahora canciones de amor y de amantes, de placer y de sensualidad, de besos y de caricias. Las canciones *haram* y *hchouma* que oigo en la radio y que dan algo de color a mi existencia.

Es mi marido, después de todo, y hago lo que quiero con él. Es él quien me lo pide. Cuando las letras le resultan demasiado atrevidas, guiña los ojos y sonrío. A veces, recito suras acompañados de mis propias melodías, le hablo de Alá con notas musicales, en la la la; y de Mahoma en re re re. Lo mezclo todo y eso le tranquiliza.

Una noche, me dice entre jadeos:

—Khadija, irás al paraíso porque has hecho de mi muerte el momento más vivo de toda mi existencia.

Esas palabras resonarán en mi interior toda la vida. Una lágrima se desliza sobre mi mejilla. La enjugo con la lengua. Está muy salada.

Hay momentos así, Alá, que me dan la fuerza necesaria para seguir avanzando hacia Ti.

Cierra los ojos, poso mis labios sobre los suyos antes de recitar la oración del muerto.

Amine.

Alá, yo jamás te preguntaría por qué dejas morir a los pobres africanos... Es un sinsentido. Somos nosotros quienes tomamos decisiones erróneas. Por eso mueren los niños africanos. Yo tomé una decisión equivocada por la que me mearon encima. Pero incluso del pipí he aprendido.

He hecho la calle porque así lo decidí. Y no me arrepiento. A no ser que me pidas lo contrario; entonces, sí lo haría. Pero, en esta tierra, ningún hombre me obligará a arrepentirme. Jamás. Me he perjudicado a mí misma y a nadie más. Mi propia vida es mi *djihad*^[33]: aprender quien soy. Ahí reside mi riqueza. Esta es mi hazaña. Aprender de nosotros mismos es el camino más corto hacia Ti. Mi recorrido ha sido tortuoso, pero te doy las gracias igualmente.

Alá, me niego a que seas un Dios de relleno, a que seas la respuesta a todas mis preguntas y, sobre todo, la respuesta a mi ignorancia. Porque, de ser así, desempeñaría yo el papel de la tonta. Y yo no soy tonta. Excepto de vez en cuando, he de reconocerlo...

Crear en Ti, Alá, no es una evidencia; es una lucha. Una difícil lucha, similar a aquella que las criadas libran contra el polvo. Nunca pueden cantar victoria. Eterna es la lucha.

No creo que recitar, incansablemente, las mismas oraciones, me haya acercado a

Ti a la fuerza. Tampoco darte las gracias a horas concretas. Lo que ha hecho esta miseria más llevadera es tu presencia, cuando murmuraba en bajito: «Alá, dime que las cosas me irán mejor, haz que una estrella parpadee para que sepa que oyes mi plegaria, por favor». Y tú hacías parpadear la estrella...

No permitiré que nadie diga que fueron mis ojos los que parpadeaban, porque en prisión tuve tiempo de observar las estrellas, ¡y parpadean! Mi amor por Ti es lo que alimenta mi fe. Quererte me ayudó a quererme a mí y a querer a los demás.

El bien y el mal no existen. Eres demasiado sutil para que sea de otro modo.

Alá, no eres más que pequeños matices y, por esa misma razón, te quiero.



SAPHIA AZZEDDINE, De ascendencia marroquí, es escritora, actriz y directora de cine. Tras el éxito de su primera novela *Confesiones a Alá*, Saphia Azzeddine ha dirigido recientemente la adaptación al cine de su segunda novela, *Mi padre es mujer de la limpieza*, estrenada en 2011 e inspirada en su propia novela que ha vendido más de 200.000 ejemplares en Francia.

Notas

[1] Pecado. <<

[2] Docto en la ley islámica. <<

[3] Gracias. <<

[4] Amén. <<

[5] Bendita. <<

[6] Oración del mediodía. <<

[7] Pepsi. <<

[8] «Queridas oyentes, soy Mouhfida Ben Abess. Bienvenidas a la emisión “Estética por un dinar” donde creemos que la belleza no es exclusiva de mujeres acomodadas o estrellas de Hollywood. Podemos estar guapas con muy poco. La naturaleza es nuestra mayor aliada de modo que, esta noche, voy a daros una receta para conseguir una melena sedosa y saludable como la de Jennifer Aniston. Se trata de una mascarilla a base de ajo, aceite de oliva y yogur. Y para conseguir un tono como el de Eva Longoria, podéis utilizar una mezcla de agua oxigenada y un sobrecito de nescafé.» <<

[9] Salchicha de cordero o ternera originaria del norte de África. Es picante y de color rojo; muy popular en Francia, Israel y el norte de Europa. (*N. de la T.*) <<

[10] Pañuelo con el que se cubren las mujeres para salir a la calle. <<

[11] «Queridas oyentes, bienvenidas a nuestra emisión “Estética por un dinar”. Soy Mouhfida Ben Abess. Hoy sabremos cómo lucir unas manos tan bonitas como las de Angelina Jolie. Cogemos un aguacate y aceite de argán, mezclamos y nos embadurnamos las manos, insistiendo en el contorno de las uñas donde nos ocuparemos de las cutículas.» <<

[12] Señora. <<

[13] Señor. <<

[14] Calabacines. <<

[15] «Para tener unas manos suaves como Jennifer Aniston, hay que machacar el aguacate con el aceite de argán y aplicar la mezcla en las manos.» <<

[16] Modalidad de baño que incluye el uso del vapor, también «baño turco». (*N. de la T.*) <<

[17] Francia. <<

[18] Viene a decir «fiesta» en criollo. Es un baile originario de las Antillas francesas.
(N. de la T.) <<

[19] Estilo de baile que apareció en los años sesenta y que consiste en mover frenéticamente piernas, caderas y brazos. (*N. de la T.*) <<

[20] Manicura. <<

[21] Dulce marroquí hecho a base de almendra. <<

[22] Vientres de pecadores. <<

[23] Cantante libanesa muy popular en los países árabes. <<

[24] Si Dios quiere. <<

[25] Lugar de peregrinación más importante en el Islam. Se sitúa en la Meca y todos los musulmanes del mundo se orientan hacia ella para rezar. <<

[26] Acto de solidaridad. <<

[27] Relatos que describen situaciones en las que se vio inmerso el profeta Mahoma, contados por sus compañeros y compilados por los que les sucedieron. (*N. de la T.*)

<<

[28] Vergonzoso. <<

[29] Por la gracia de Dios. <<

[30] Imitación de Nike. <<

[31] Imitación de Lacoste. <<

[32] Perejil. <<

[33] Guerra santa. <<